

Selección TERROR

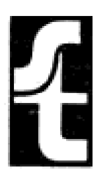
SANGRE EN LA MORGUE

Curtis Garland

SANGRE EN LA MORGUE

CURTIS GARLAND

Colección
SELECCION TERROR n.° 492
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84 02-02506 4
Depósito legal: B. 23.215-1982
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: agosto, 1982
2. edición en América: febrero, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-1S2, Km 21,650)
Barcelona — 1982

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

487 — *Dinastía diabólica*. Curtis Garland
488 — *El fantasma y miss Pitt*. Clark Carrados
489 — *Atrapada por la locura*. Ada Coretti
490 — *La bestia de acero*. Joseph Berna
491 — Un ser horrible, monstruoso, Ada Coretti


SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Era la tercera víctima.

El constable Jackson meneó la cabeza con desaliento, cambiando una mirada de estupor y rabia con el doctor Dogherty, que se incorporaba en ese momento, limpiando sus manos en un paño que había sacado de su maletín negro.

—¿Igual que en otras ocasiones, doctor? —preguntó el policía.

—Igual, sí —convino el médico, con un asentimiento de cabeza.

—Dios mío —se lamentó el constable—. Otra más…

—Ya son tres, Jackson.

—¿Me lo va a decir a mí? Claro que son tres. Y siempre del mismo modo… Pero ¿qué está ocurriendo aquí, maldita sea?

—Eso quisiera saber yo. Es evidente que un loco anda suelto, amigo mío.

—Un loco asesino sin conciencia. Y siempre eligiendo mujeres…

—Son las víctimas más fáciles. Sorprenderlas de noche en un sitio desierto, sin defensa posible… Es tarea fácil para un criminal hacer el resto. —Tal vez haya un motivo sexual en estos crímenes, doctor.

—Tal vez —el médico se encogió de hombros—. Pero no hay señales de violación. Ni siquiera de intento de ello o de huellas de que pretendiera desnudar en parte o totalmente a sus víctimas.

—Lo sé, lo sé —se impacientó el policía de mal humor, rascándose sus pelirrojos cabellos bajo el casco—. Esto va a provocar una oleada de pánico en la ciudad. Ya estuvo a punto de suceder cuando mataron a la señorita Blake. Esta puede ser la gota que colme el vaso.

—Es muy posible, sí. No me gustarla estar en su pellejo ahora, Jackson —confesó el médico, cerrando el maletín—. Ahora le dejo con su tarea. Debo atender todavía a tres pacientes. Y uno de ellos es ni más ni menos que la señora Bingham: Ya sabe cómo es cuando sufre sus ataques de gota… Se vuelve insoportable.

—Sí, sí, cuide de sus pacientes —señaló expresivo al cuerpo tendido en tierra—. Después de todo, esta pobre chica no le necesita ya con demasiada urgencia.

—Así es. Cuando le haga la autopsia, podremos saber más de su muerte, aunque imagino que tampoco nos esclarecerá nada. De momento, mi informe forense es el que ya conoce usted de antemano, idéntico punto por punto a casos anteriores: degollamiento y mutilación de la víctima mediante arma cortante muy afilada e

incisiva, tal vez un cuchillo de cocina, un arma de matarife o un bisturí. Esta vez, el miembro mutilado ha sido su dedo anular derecho.

—Es el único detalle en que varía su técnica el asesino. Primero fue una oreja de la infortunada Molly. Después, la nariz de la señorita Blake. Y ahora… simplemente un dedo. Parece como si coleccionara piezas de seres humanos.

—Una idea macabra donde las haya, sí, señor —declaró el médico, mirándole con evidente desagrado—. Yo, en cambio, pensarla en que es una forma de dejar su tarjeta de visita en el lugar del crimen, Jackson. Una especie de firma del asesino…

—Usted debió meterse a policía, doctor. ¿Por qué no lo hizo?

Tal vez porque me gusta la Medicina. Y porque no me convenció nunca vestir de uniforme, a raíz de haber prestado mi servicio militar en las Colonias —suspiró el doctor Dogherty, alejándose del lugar con su inseparable maletín en la mano—. Hasta más tarde, amigo mío. Veré a esa chica en la Morgue mañana por la mañana.

El constable Jackson asintió con la cabeza, mecánicamente, contempló el cuerpo sin vida una vez más, y se inclinó para cubrir pudorosamente, con gesto piadoso, una de las piernas de la joven, que mostraba el tobillo sobre su botín abrochado, y el inicio de los encajes de su ropa interior. La falda larga, color granate, cayó sobre aquel rígido miembro de la infortunada mujer.

Después, Jackson dirigió una mirada a su ayudante, el agente Daniels, que anotaba una serie de cosas en una agenda de tapas de cuero.

—Haga trasladar el cadáver a la Morgue, Daniels —ordenó brevemente.

—Sí, señor —añadió el policía, respetuoso.

Jackson paseó por la desierta calle empinada, entre oscuros edificios rematados por tejados de pizarra y chimeneas, en aquel barrio extremo de Ipswich, donde habla tenido lugar el salvaje asesinato. El tercero que vivía la ciudad en sólo un mes. Nunca habla ocurrido nada parecido allí.

Las casas permanecían oscuras y cerradas desde mucho antes de ocurrir el sangriento suceso. La gente madrugaba mucho en la industriosa población, y el crimen tuvo que tener lugar, según el doctor Dogherty, entre las diez y las once de la noche. Una hora muy avanzada para la gente trabajadora de Ipswich, especialmente en aquel distrito habitado casi totalmente por obreros textiles o de las industrias químicas locales.

En la distancia, a dos manzanas de distancia, brillaba la única luz visible, aparte las farolas de gas de las callejuelas del barrio. Pertenecía al *pub* «La Corona y el León», cuya muestra con el británico

felino coronado hada oscilar con chirrido de metal oxidado la fría brisa de madrugada.

Jackson sabía que el viejo Mc Dougall era el último en cerrar su cantina y el primero en abrirla para que los trabajadores tomasen un trago reconfortante antes de dirigirse al trabajo. Faltaba más de una hora para que se iniciara la procesión de obreros hacia las factorías cercanas y ya estaba el tal Mc Dougall con las puertas abiertas y las luces de su local encendidas, preparando todo para sus primeros clientes matinales.

La joven víctima, por tanto, no habla tenido ni ocasión de gritar o escandalizar para despertar la alarma de la vecindad. Nadie se había enterado aún de este crimen. De no ser porque el propio Daniels se había tropezado con el cadáver sobre un charco de sangre sobre el empedrado de la calle, durante su ronda habitual de servicio, aún no sabría nadie que la joven Shirley Parsons había sido asesinada por el loco de las mutilaciones, el desconocido criminal que siempre elegía sus víctimas entre mujeres jóvenes y solitarias.

Y no sólo eso: mujeres atractivas también. Pero de escasa y muy dudosa moralidad. Sin embargo, como bien dijera el doctor Dogherty, no había en ninguno de los tres cadáveres, hasta el momento, señal alguna de violencia o ensañamiento sexual.

Se encaminó pesadamente a la cantina de Mc Dougall. Cruzó la puerta. El viejo escocés de grandes patillas rubias ya medio canosas, alzó sus ojillos azules asomando tras el mostrador. Su nariz colorada y sus saludables mejillas eran la viva estampa de la jovialidad, pese a sus años.

Vaya, constable, ¿qué se le ha perdido tan pronto por aquí? —farfulló—. Usted no es de los que acostumbran a beber tan temprano.

—Dice bien. Pero hoy lo necesito. Deme un trago. De algo fuerte.

—¿Whisky, por ejemplo?

—Por ejemplo, sí —afirmó lentamente el policía, apoyando un codo en el mostrador de la cantina.

Mc Dougall le sirvió en silencio. Luego, se le quedó mirando, con aire de perplejidad.

—Bueno, ¿a qué viene eso? — indagó cuando vio que Jackson se echaba el licor de un solo trago entre pecho y espalda—. ¿Se va a hundir el mundo?

—No. Se está hundiendo ya —se quejó Jackson amargamente. Señaló afuera—. Hay otra chica muerta. Esta vez frente a su negocio.

—¿Qué? —se sobresaltó el escocés.

—Esta vez se trata de Shirley Parsons, la chica esa pelirroja de quien se dijo que había abortado hace unos meses, y que si el hijo iba a ser de Mike Donovan…

—Cielos, no… —jadeó el cantinero. Y ahora fue él quien se echó un buen trago, directamente de la botella.

El constable se sirvió una segunda copa, sin pronunciar palabra. Luego, se volvió hacia el cantinero, que asomaba a la puerta de su establecimiento para mirar el bulto que formaba en el suelo de la calle el cuerpo sin vida de la infortunada muchacha.

—¿Cómo… cómo ha ocurrido? —quiso saber el escocés.

—Igual que las otras veces. Degollada. Y mutilada.

—Pobre chica… —meneó la cabeza, regresando al interior de su cantina—. ¿Quién puede ser el sucio bastardo que comete estos crímenes?

—Si lo supiera… —suspiró Jackson amargamente—. Puede ser cualquiera. Tal vez un vagabundo, un forastero… No sé, Mc Dougall, no sé. Es para volverse loco. Nunca en esta ciudad ha ocurrido nada semejante, ¿no es cierto?

—Nunca —bostezó el cantinero—. Desde que el bueno de Kirkpatrick se embriagó aquel día, hace tres años, y le partió la cabeza de un hachazo a su cuñado por querer violentar a su mujer, no había sucedido nada parecido en Ipswich. —Creo que esta vez tendré que pedir ayuda a Londres

—reflexionó Jackson, mirando a contraluz el ambarino de su whisky en el vaso.

—¿A Scotland Yard?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Ellos tienen gente especializada en estas cosas. Pueden ir más lejos que yo en las pesquisas. Nunca tuve que investigar un crimen. Y ahora tengo tres entre manos. Es para desesperarse, amigo mío.

Se puso en pie, con un suspiro, dejando una moneda sobre la mesa. Mc Dougall se dispuso a darle el cambio.

—No, deje —le atajó el policía—. Tómese una copa, yo invito. Dígame, ¿oyó algo raro durante la noche?

—No, nada. Cerré a las once menos cuarto y me fui a dormir. Me dolía un poco la cabeza, por culpa de ese endiablado de O'Hara, que se puso a cantar anoche a toda pastilla, y me tomé una aspirina. Creo que me quedé enseguida dormido y no me desperté hasta hace media hora. ¿Cuándo creen que pasó?

—El doctor Dogherty dice que entre las diez y once, casi seguro.

Dios, y pensar que pude estar cerrando mientras mataban a esa pobre chica, o cuando ella ya estaba muerta ahí fuera… —meneó Mc Dougall su cabeza con aire de horror—. ¿Quién la encontró?

—Daniels, haciendo la ronda. ¿Recuerda quién se marchó en último lugar de la cantina y a qué hora, aproximadamente?

—Espere un momento, Jackson… —meditó el escocés, arrugando

su hirsuto ceño mientras se atusaba mecánicamente sus frondosas patillas—. Sí, creo que fue Archie Randolph. Ya sabe, Archibald, el del almacén de Victoria Street…

—Sí, ya sé. ¿Iba bebido?

—No, no demasiado. Recuerdo que le gastó una broma a Hendrix cuando éste salía de la cantina, minutos antes de irse él. Luego, se entretuvo dando un pellizco en la nalga a Daisy, le dijo algo al oído, seguramente alguna marranada de las suyas, y se fue silbando una canción. Yo cerré el negocio sin que él volviese a decirme nada. Prueba de que no vio el cuerpo, o éste no estaba en la calle todavía.

—¿Y eran las once menos cuarto?

—Sí. O cinco minutos antes. Me entretuve unos momentos en recoger el dinero de la caja, apagar las luces y atrancar la puerta y las ventanas. Ese reloj tenía las once menos cuarto cuando me dirigí a la escalera para ir arriba a dormir, lo recuerdo muy bien.

—Ya —Jackson consultó el reloj de pared y comprobó en su propio reloj de bolsillo que sólo llevaba un minuto de adelanto. —De modo que, según eso, debieron matar a Shirley casi a las once, a menos que Archie Randolph estuviera ciego.

—Sí, así es.

—¿Y Daisy? ¿Dónde está ahora?

—Oh, ¿ella? —Mc Dougall se encogió de hombros, sonriente, y guiñó un ojo—. Es más dormilona que yo. Supongo que sigue roncando arriba. No se levanta hasta las siete dadas.

Jackson asintió, sin comentar nada. Salió de la cantina. Algunas luces comenzaban a brillar ya en las ventanas de las casas del barrio obrero. Pronto comenzaría el desfile de madrugadores por la cantina de Mc Dougall, antes de dirigirse al trabajo cotidiano.

Un carruaje se aproximaba ya, tirado por dos caballos. El constable lo miró con aprensión. Nunca le había gustado aquel tétrico vehículo, encargado de trasladar cadáveres a la Morgue local. Parecía una ambulancia, pero rara vez se usaba como tal con personas vivas. El hospital de Ipswich lo reservaba para el transporte habitual de los que morían violentamente. El depósito de cadáveres era su destino acostumbrado.

Daniels y un enfermero cargaron el cuerpo de la muchacha asesinada en el interior del siniestro vehículo. Luego, éste se alejó, rodando sobre el empedrado húmedo de la calle, en dirección al centro de la ciudad.

Cuando la gente trabajadora salió a la calle con sus tarteras del almuerzo para dirigirse a sus puestos laborales en las industrias textiles, de productos químicos o de tabaco, las tres grandes especialidades de la ciudad de Ipswich, en lo relativo a su producción

industrial, sólo quedaba como huella de la presencia de un cuerpo de mujer atacado por un maníaco homicida, un oscuro charco de sangre seca, entre el empedrado, medio tapado con serrín por el diligente Daniels.

«Creo que será mejor dormir un rato — se dijo el policía, caminando cachazudamente calle arriba, con el estómago algo entonado gracias al buen whisky de Mc Dougall—. Hoy me espera un día de mucho trabajo, después de todo…»

Saludó a algunos trabajadores conocidos que salían de sus casas todavía siendo noche cerrada, y bostezó, hundiendo las manos en el impermeable negro de su uniforme. Alrededor suyo, un día más despertaba lentamente a la vida y la actividad en la población. Mientras tanto, una pobre mujer, joven e indefensa, yacía sin vida en un carruaje que la conducía a la fría mesa de mármol de la Morgue, para esperar allí el bisturí del doctor Dogherty en la autopsia exigida por la ley en tales casos.

Así era la vida, pensó el constable Jackson, de la policía de Ipswich. Unos seguían viviendo, ajenos a que otros ya no vivirían nunca más.

Siempre había sido así y no había por qué rasgarse las vestiduras. Pero sin saber exactamente la razón, el policía se dijo que se sentía malhumorado y medio enfermo, que muchas cosas le daban asco en este mundo. Pero que eso, ni él ni nadie, podían cambiarlo.

Después de todo, siempre había locos que andaban sueltos. Siempre había gente mala que se ocultaba tras una máscara de aparente normalidad y significaba, en el fondo, la muerte violenta para otros.

Misión de hombres como él era encontrar a gente así. Y encerrarlos en un manicomio o ayudar a los jueces a enviarles a la horca. Pero lo cierto es que no sabía ni siquiera por dónde empezar.

Capítulo II

El doctor Dogherty suspiró, apartando el bisturí ensangrentado. Luego echó la sábana sobre el cuerpo diseccionado en aquella mesa de mármol igualmente salpicada de sangre por doquier. Meneó la cabeza lentamente, con cierto aire de sobresalto y preocupación.

—Dios mío —murmuró—. No lo entiendo…

Fue al lavabo y abrió el grifo. Puso sus manos debajo, enjuagándolas de todo vestigio sanguinolento. Se secó, con mirada pensativa. En los cristales polvorientos del viejo y destartalado depósito de cadáveres de Ipswich, la lluvia tamborileaba aquella sombría mañana otoñal. El cielo tenía el color del plomo, y frecuentes ráfagas de aire hacían crujir los postigos lastimosamente, como si fuesen almas en pena de difuntos que dejaron jirones de su espíritu sobre los muros desnudos del tétrico establecimiento forense.

—Creo que esto no es asunto para un hombre como el constable Jackson —meditó en voz alta, cambiando su bata blanca por la levita de color marrón oscuro, con solapas de terciopelo—. Voy a tener que adoptar una decisión seria al respecto…

Se miró en el espejo agrietado de aquel cartucho que no se podía llamar «aseo» salvo con mucha imaginación, vecino al desnudo y triste salón destinado a las autopsias. Su aspecto no era bueno. Había dormido poco y mal. Después, la autopsia de aquella pobre muchacha había hecho el resto.

«Haré un informe —se dijo—. Pero sé a quién presentárselo, aunque Jackson se enfade conmigo.»

Recogió su macferlán y su sombrero, encaminándose a la salida tras tomar el maletín negro. De entre las desiertas y numerosas mesas del depósito, emergió una sombra encogida, moviéndose dificultosamente entre las superficies de mármol. El médico fijó sus ojos en esa figura encorvada.

—¿Qué haces por aquí, Rufus? —preguntó.

Un sordo gruñido le contestó. Un rostro extraño, como tallado en piedra para crear una gárgola monstruosa, apareció de forma brusca, en una zona bañada por la luz turbia y gris de la lluviosa mañana.

—Yo… pensé… que habla terminado, doctor… —jadeó con voz ronca.

—Y así es, Rufus —sonrió el forense, poniéndose su macferlán—. Ya terminé. He dejado el cuerpo tapado. Luego vendrá el constable

Jackson. Dile que estaré en mi consulta, pero sólo hasta media tarde. Tengo que visitar a unos pacientes fuera de la ciudad. Y hacer un viaje antes de que anochezca…

—Sí, doctor —asintió aquel monstruo de fealdad, irguiéndose tras una mesa de mármol, en la que apoyó sus manos.

Realmente, podía haber sido una mezcla indescriptible de gárgola de piedra y bufón de la Edad Media. Jorobado, encogido sobre sí mismo, de piernas cortas y brazos muy largos, pelo lacio y escaso, que dejaba brillar su calva entre los cabellos raquíticos, rostro de una fealdad inquietante, con nariz aplastada, boca torcida, ojos estrechos, uno de ellos bizqueando medio cerrado, y doble papada bajo su barbilla corta, casi inexistente.

Era un verdadero monstruo deforme, y vestía ropas viejas y gastadas. En aquel ambiente de lúgubre gelidez, era como una sombra ominosa, preocupante, capaz de desplazarse entre los siniestros muebles de piedra destinados a los muertos, mezclándose a voluntad con las numerosas zonas de sombra del local, como un espectro.

Pero al doctor Dogherty no le producía la más leve inquietud la presencia del feo ser en la Morgue. Le conocía bien y, pese a su aspecto estremecedor, Rufus tenía fama de buen muchacho, de hombre mentalmente retrasado pero por completo inofensivo, cuya única dedicación en la vida se había limitado a cuidar del depósito de cadáveres local, en su condición de conserje de tan fúnebre recinto.

Pasó por su lado, palmeándole afectuosamente la gibosa espalda, el infeliz le dirigió a cambio una mirada agradecida, sonrió exhibiendo sus dientes amarillos y desiguales entre los labios torcidos y se alejó, como si trotase, en dirección a la sala de autopsias donde yacía el cuerpo de Shirley Parsons.

Dogherty salió de la Morgue y se encaminó a su consultorio para redactar su informe forense sobre la difunta, antes de ir a descansar un rato. Previamente, consultaría el horario de trenes, pero estaba seguro de que a las cuatro treinta pasaba un tren con destino a Londres, procedente de Norwich, que rendía término en la Liverpool Station de la capital británica. No podía perder ese tren. Quería hablar cuanto antes con cierta persona en Londres. No quería demorar ese encuentro, especialmente después de haber hecho la autopsia de la última víctima del asesino de Ipswich.

* * *

El constable Jackson pestañeó cuando la enfermera Hartfield le abrió la puerta y le dijo con su mejor sonrisa:

—Oh, señor Jackson, cuánto lo siento. Llega un poco tarde, si

quiere ver al doctor. A estas horas ya está camino de Londres.

—¿De Londres? —se extrañó el policía—. No me dijo nada que tuviera que viajar hoy, y menos a Londres…

—Tampoco a mí —confesó ella—. Debió tomar la decisión esta misma mañana.

Se acostó un rato después de la autopsia, y fue a visitar a algunos pacientes. Luego, a las cuatro, regresó para preparar un pequeño maletín y dirigirse a la estación para tomar el tren de las cinco treinta…

—¿De modo que se fue realmente a Londres? —comentó ceñudo el constable—. Ese tren nace en Norwich y muere en la capital, enfermera Hartfield. ¿Le dijo a lo que iba?

—No, no me dijo nada. Eso sí, me dejó una nota para usted, por si venia. Pase, por favor. Está en su consultorio.

Siguió a la enfermera, con el ceño fruncido. No entendía esa repentina decisión del médico forense, de abandonar la ciudad sin haberle dicho nada aquella mañana, tras examinar el cuerpo de la mujer asesinada. Se preguntó si tendría asuntos familiares urgentes en Londres, aunque tenía entendido que Dogherty era irlandés de familia y de origen.

La señorita Hartfield le entregó un sobre cerrado, que Jackson observó iba dirigido a su nombre, de puño y letra del propio médico. Con una excusa, rasgó el mismo y extrajo un pliego doblado que extendió ante sus ojos.

—Creí que sería el informe médico de una autopsia —refunfuñó, advirtiendo que no se trataba de un documento médico oficial, sino de un simple papel con el membrete del médico, en el que éste habla escrito con letra presurosa:

> «Mi querido constable:
>
> Le ruego perdone mi comportamiento. Pero creo que este caso ha rebasado con creces sus posibilidades y las de toda esta ciudad. He encontrado algo sumamente extraño e inexplicable en la autopsia del cadáver de Shirley Parsons. Estoy preocupado y asustado, la verdad. Tengo un buen amigo en Londres que trabaja para Scotland Yard. Voy a verle con la máxima urgencia.
>
> Está ocurriendo algo en Ipswich, amigo mío. Algo que no entiendo pero que me obliga a tomar esta decisión con la máxima urgencia. Me llevo conmigo el informe legal y médico de esa autopsia. Ya sabrá por qué cuando regrese. Mañana espero estar de regreso, si todo va bien. Dios quiera que sea así.

Créame, Jackson. No se sienta ofendido ni se moleste conmigo. Le aseguro que esto rebasa ya nuestras atribuciones con mucho. Un saludo de su buen amigo,

John Dogherty, M.D.»

—No entiendo nada —masculló Jackson, ceñudo—. Él estaba obligado a dejarme su informe, a pesar de todo. El juez Fisher regresa el lunes a Ipswich. Tengo que presentarle el expediente completo sobre la muerte de Shirley Parsons…

—Lo siento, constable —se excusó la enfermera Hartfield—. No puedo ayudarle en nada, puesto que el doctor está ausente…

—Sí, claro, claro —admitió de mala gana el policía, iniciando la retirada—. De todos modos, muchas gracias por su amabilidad, señorita Hartfield.

Abandonó la consulta del médico. Su rostro, bajo la lluvia persistente de la tarde, aparecía ensombrecido por una profunda preocupación. Se encaminó directamente a la oficina de Telégrafos, y puso un telegrama urgente a Scotland Yard, Londres.

* * *

El doctor Dogherty no pudo ni gritar.

Al abrir los ojos y mirar ante sí, a la sombra que se inclinaba sobre él, ya el filo de agudo acero estaba apoyado en su cuello. Bastó una brusca presión de la mano enguantada que lo empuñaba. La hoja cortó la garganta de oreja a oreja, en rápido y preciso tajo, hecho con una frialdad escalofriante. El filo segó no sólo sus carótidas, sino también sus cuerdas vocales, ahogando su alarido de agonía y terror justo cuando se iniciaba.

El doctor jamás llegó a gritar, por tanto. No emitió otro sonido que un sordo, siniestro gorgoteo, mientras la sangre escapaba tumultuosa de su cuello y también brotando a borbotones entre sus labios convulsos.

Apenas sin darse exacta cuenta de lo que había sucedido, el doctor Dogherty, médico forense de Ipswich, murió en su confortable asiento de aquel vagón de primera clase del tren Norwich-Londres, mientras fuera llovía intensamente.

Su asesino se irguió, abandonando el compartimento que hasta entonces ocupara en solitario el médico, con igual sigilo y rapidez que al llegar, no sin antes revisar con rapidez los bolsillos del hombre asesinado, despojándolo de un sobre cerrado que mostraba el membrete de la consulta del médico, y parecía contener varias hojas de papel, dado lo abultado del mismo.

Desapareció el agresor por el pasillo del vagón, mientras en su compartimento quedaba el solitario cuerpo del doctor Dogherty, bañado en su propia sangre, que iba formando reguero sobre el tapizado del asiento, para gotear formando un denso charco a los pies del cadáver.

Justo cuando la figura del asesino salía a la plataforma del vagón por la puerta del final del pasillo, otra puerta se abría a sus espaldas, y una mujer abandonaba el servicio de *toilette* para dirigirse de regreso a su compartimento del tren.

Para ello, tenía que pasar ante la puerta del compartimento del doctor Dogherty, entre otros varios. Un terrible grito de horror escapó de su garganta cuando descubrió aquel rostro lívido, convulso, los ojos vidriosos y desorbitados y, sobre todo, el sangrante cuello seccionado de oreja a oreja, haciendo caer hacia atrás la cabeza.

Salieron personas de diversos compartimentos, asustadas por el alarido de la mujer que acababa de descubrir la macabra escena. Pronto, ante la puerta del ocupado por el médico de Ipswich, se reunió un nutrido grupo de gente asustada, que nada sabía hacer en la confusión del momento.

La mujer, sin embargo, tras su profunda impresión y su grito, reaccionó con sorprendente serenidad. Se abrió paso entre los curiosos atraídos por su voz y se precipitó hacia el timbre de alarma, del que tiró con violencia.

El convoy chirrió sobre la vía, estridentemente, levantando chispas de los raíles sus metálicas ruedas, a medida que frenaba en su marcha, bajo la lluvia nocturna.

Muchos de los presentes, sacudidos por el frenazo, fueron a caer unos sobre otros, y algunos golpearon las paredes lanzando exclamaciones de sobresalto.

El interventor apareció por un extremo del corredor, abriéndose paso con frases autoritarias para saber qué estaba sucediendo en su tren. La mujer que hallara el cadáver se había quedado mirando hacia el punto opuesto del pasillo, el lugar de donde ella procedía cuando hizo el descubrimiento.

Recordó vagamente algo: la puerta de la *toilette*, abriéndose para salir ella… y otra puerta, la de la plataforma, cerrándose al mismo tiempo, para salir alguien a la plataforma exterior.

Sus ojos se desviaron hacia los cristales de las ventanillas, por los que la lluvia corría torrencialmente en estos momentos. Pareció sopesar ambos hechos durante unos breves segundos, con fría lógica.

No era razonable que, lloviendo de esa manera, nadie pensara en abandonar la protección del vagón ferroviario para salir al exterior. Tras llegar a esa conclusión, la mujer echó a correr hacia aquel

extremo del vagón, sin explicar nada a nadie.

Se detuvo ante la puerta de la plataforma un solo instante, consciente de que existía un serio riesgo en aquello. Si el asesino estaba allí fuera escondido, su vida podía peligrar. No cabía duda de que había que ser muy audaz para reaccionar como lo hizo ella, ante aquella inquietante posibilidad.

Alargó la mano y giró el pomo, saliendo a la plataforma batida por la lluvia, en plena noche oscura.

No había nadie en la plataforma. Detrás del vagón, ya no quedaba ningún otro enganchado, puesto que era el último del convoy. Sin embargo, estaba segura de que alguien había salido por allí cuando ella abandonaba el servicio.

Escudriñó la oscuridad, a través de la cortina de lluvia, sin importarle que le chorreara agua por el borde del techo del vagón, que formaba una breve comisa sobre su cabeza.

Un relámpago, en esos momentos, vino a ayudarla en su investigación temeraria. Fue como si una fuerza superior quisiera en ese trance, echarle una mano a la valerosa mujer. El lívido centelleo, desgarrando el negro cielo, mostró con nitidez la campiña, al menos durante cosa de un segundo o menos.

Y ella le vio.

Vio correr al hombre campo a través, entre arbustos y matorrales. Era una figura extraña, monstruosa. Alguien que corría agazapado, a saltitos. Su espalda aparecía singularmente encorvada, prominente, y una ancha capa negra envolvía aquel cuerpo deforme. En el momento de ser iluminado por el relámpago, aquel fugitivo giró la cabeza, acaso amedrentado por la súbita luz, y ella pudo vislumbrar, de modo fugaz, un rostro obsesionante, de auténtica pesadilla. El ser más feo que jamás viera en tosa su existencia.

Retrocedió, asustada, y cerró la puerta del vagón con un suspiro, apoyándose en ella con cierto alivio, sin poder apartar su mente de la imagen repulsiva y extraña de aquel contrahecho de tremenda fealdad. Habla sido como ver una gárgola tallada en carne humana y no en piedra, tal era su monstruoso aspecto físico. Debía de ser un jorobado, pensó con terror. Un jorobado de rostro monstruoso y mirada huidiza…

—¿Qué le ocurre, señora? ¿Adónde fue usted?

Alzó la cabeza con otro sobresalto. Pero esta vez no había motivo para ello. El que la interrogaba era el interventor del tren. Tras él, un grupo de viajeros la contemplaba con preocupación.

—Lo… lo siento —susurró ella—. Creí ver escapar a alguien por esta puerta cuando yo salía de la *toilette* antes. Y al brillar el relámpago, he comprobado que era así. Un hombre huye por la

campiña, y estoy segura que ha bajado de este tren.

—¿Un hombre? —el tono del empleado ferroviario se hizo áspero —. ¿Dónde lo ha visto, señora?

—Ahí fuera, enfrente de las vías, a cosa de doscientas o trescientas yardas del tren… Era horrible. Un ser deforme y repulsivo…

El interventor cambió una mirada con otros hombres. Les pidió su ayuda, y salieron del vagón a la plataforma. El empleado desenganchó el fanal de petróleo que colgaba de la misma, y bajaron a la campiña, en busca del fugitivo.

—Venga con nosotros —la invitó otra mujer que viajaba en el tren, afectuosamente—. Está usted empapada, querida, j Necesita secarse un poco, tomar algo caliente… Venga al compartimento de mi esposo y mío. Tengo unas toallas en el equipaje, y algo de café en un termo… Por favor, venga con nosotros y no piense más en ese horrible momento…

Se dejó llevar de buen grado y, poco después, se sentía mejor, tras secarse con un par de toallas limpias y esponjosas, que la buena mujer extrajo de su valija, así como sintiendo en su estómago el calor reconfortante de dos tazas de café templado.

Los voluntarios y el interventor regresaron momentos más tarde, totalmente empapados y con aire de frustración y derrota. Meneó la cabeza el empleado, al asomar al compartimento donde se habían ocupado en atender a la testigo, informando escuetamente:

—Lo siento, señora. No hemos encontrado el menor rastro del hombre que usted dijo ver…

—¡Pero no fue imaginación mía! —protestó ella con viveza—. Estaba allí. Era un jorobado, al parecer, y se cubría coa una negra capa. Al brillar el relámpago miró hacia mi. Tenía un rostro horrible, que nunca olvidaré.

—Yo no dudo de su palabra, señora —la tranquilizó el interventor —. Lo único que digo es que no hay el menor rastro de este hombre por parte alguna. La lluvia es muy intensa, el suelo está enfangado y la noche es muy oscura. Sería imposible localizar ahí rastro alguno.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó el marido de la dama que atendiera tan solícitamente a la testigo.

—Nada, por el momento —suspiró el interventor con gesto sombrío—. Reanudar el viaje hacia Londres. Les ruego a todos que no abandonen el tren en ningún momento hasta que la policía, una vez en Liverpool Station, decida lo que debe hacerse al respecto. Creo que no nos queda otra cosa por hacer, desgraciadamente. Precintaré el compartimento donde ese desgraciado viajero fue asesinado y esperaremos a ver lo que resuelven las autoridades de Londres.

Capítulo III

—¿Su nombre, señorita?

—Verity Harrod.

—¿Profesión?

—Periodista.

—¿Periodista? —el policía enarcó las cejas, estupefacto—. ¿Eso es una profesión femenina, señorita Harrod?

—Hasta hoy día, no. Al menos, no aquí. En los Estados Unidos hay varias ya —sonrió tristemente la interrogada.

—Sí, supongo que los americanos son menos severos que los ingleses en ciertas cosas —suspiró el hombre del Yard, moviendo la cabeza, con una mirada perpleja fija en su joven interlocutora—. Pero eso de ser mujer y periodista…

—¿Tiene algo de especial? —se irritó ella—. Trabajo para un magazine semanal que compran muchas mujeres inglesas, el *Yellow Weekly News*. Y a ellas les gusta ver, de vez en cuando, que una mujer firma artículos y reportajes, entre tantos hombres como acaparan los puestos de redacción.

—Sí, claro, claro… —el policía se rascó una oreja, pensativo, sin saber qué decir—. No será usted una de esas feministas beligerantes, que rompen vidrieras, apedrean a policías y forman manifestaciones violentas…

—No, no soy nada de eso —le tranquilizó ella con una sonrisa—, Pero comprendo a esas mujeres y sé que defienden algo justo, aunque a veces se propasen en los medios utilizados. Sin embargo, también muchos hombres se propasan en sus formas de represión contra ellas, según tengo entendido.

—Por supuesto, no trato de defender a mis compañeros de sexo, señorita Harrod —se apresuró a responder el policía—. Los tiempos están cambiando, pronto entraremos en un nuevo siglo, y supongo que las cosas no pueden ser siempre igual. Pero me sorprendió que fuese usted periodista, esa es todo.

—¿Por qué? ¿Por ser mujer?

—Yo diría que, fundamentalmente, por ser mujer joven y bonita —trató de mostrarse galante el funcionario de Scotland Yard.

—Es muy amable. ¿Supone que una mujer joven y bonita no sirve para nada, salvo para objeto decorativo, tal vez?

—No, tampoco es eso, pero he conocido a dos damas que escribían

libros y… — carraspeó, significativo—. Ejem… Bueno, eran viejas, secas y antipáticas, la verdad. En fin, dejemos eso ahora. Debo seguir con el interrogatorio, señorita Harrod.

—Sí, supongo que sí —admitió ella con ironía.

—¿De dónde procedía con ese tren, exactamente?

—De Norwich. Estuve allí para escribir un artículo sobre un misterioso caso de secuestro ocurrido hace un año. A mis lectoras les gusta mucho esa clase de temas, incluidos los crímenes del Destripador, pongamos por caso. Por algo tiene ese nombre nuestra revista, comprenderá usted[1].

—Sí, sí, claro que comprendo —se apresuró a convenir el cohibido policía, ante el desparpajo y seguridad de su interrogada—, ¿Vio usted a alguien antes de hallar el cadáver del doctor Dogherty en su compartimento?

—Creí ver a un hombre que desaparecía por la puerta posterior del vagón, donde el tren terminaba en la plataforma final. Pero lo cierto es que, recordándolo bien, sólo vislumbré el momento en que la puerta se cerraba y, en todo caso, el pliegue suelto de una capa o macferlán negro, desapareciendo por la misma en ese instante.

—Muy bien. Prosiga. ¿Qué más vio luego?

—Nada. Regresé a mí propio compartimento. Y al pasar ante el de ese hombre, donde viajaba él solo, dada la escasez de pasajeros de aquel tren, le vi allí, con el rostro desencajado, bañado en sangre, con el cuello cortado de extremo a extremo… —se estremeció, cerrando un momento los ojos—. Fue algo horrible.

—La creo, señorita Harrod —murmuró el policía— ¿Y después?

—Después recordé que había visto aquella puerta cerrarse, vi llover con mucha intensidad y me dije que no era lógico salir fuera del vagón, a menos que hubiera una buena razón para ello. Huir del escenario de un crimen podía ser esa razón.

—Muy bien pensado, señorita. ¿Se atrevió a ir en pos del criminal?

—Sí, creo que en ese momento no me di exacta cuenta del peligro que corría con tal actitud. Pero ya no estaba en el tren. Le vi correr por el campo.

—Sí, eso me contaron sus compañeros de viaje. ¿Podría describir al hombre con la mayor exactitud posible?

—Creo que sí, porque un oportuno relámpago lo iluminó con claridad y él se volvió hacia el tren, viéndome en ese momento en la plataforma. Duró un segundo escaso, pero me bastó para verle con claridad. Parecía contrahecho, jorobado o algo así. Caminaba a saltitos, pero con rapidez, muy agazapado y huidizo. Su rostro era espantoso. Nunca vi nada igual. Deforme, rugoso, con un ojo más abierto que otro, cabeza casi calva, nariz aplastada, frente abombada,

boca torcida… Un auténtico monstruo. Nunca olvidaré su cara, se lo aseguro.

—La creo. Hombres así no abundan demasiado, la verdad. No creo que nos cueste mucho dar con él… a menos que fuese disfrazado, usando una máscara o algo así…

—Una máscara… —repitió ella, perpleja—. Sí, pudiera ser. Eso no podría asegurarlo.

—Creo que eso es todo, señorita Harrod —suspiró el funcionario de policía terminando de tomar sus notas de aquella declaración—. Puede volver a sus cosas tranquilamente. Nos ocuparemos nosotros del asunto. Si fuera preciso volver a llamarla, lo haremos, no le quepa duda. Anotaré su dirección, por si acaso.

—No es fácil encontrarme en ella. Soy reportera y voy siempre de acá para allá. Anote también las señas de la redacción de mi periódico. En él, la señora Douglas podrá informarle sobre mi paradero si no me hallan en Londres.

—Sí, será mejor así, señorita —aceptó de buen grado el policía.

Tras anotar ambas direcciones, fue ahora Verity Harrod quien se inclinó hacia el hombre del Yard, preguntándole con interés:

—¿De dónde procedía ese hombre asesinado, el doctor Dogherty?

—De Ipswich. Por sus documentos, ejercía allí como médico rural, pero también como médico forense. Tenía cuarenta años y venía a Londres por razones que ignoramos, pero que confiamos en descubrir en la propia ciudad de Ipswich. Lo cierto es que no le robaron ninguna libra, puesto que llevaba billetes en su cartera y monedas en su bolsillo, así como un reloj de oro con cadena del mismo metal en su chaleco, y el asesino no trató de despojarle de nada de eso.

—Por tanto, se trata de un crimen sin móvil aparente…

—Así es, señorita Harrod. De existir un móvil, como sin duda lo hay, no pudo ser el robo. Por alguna razón, a alguien no le convenía que ese médico llegase a Londres. Me pregunto por qué…

En ese momento, tras golpear suavemente la vidriera, asomó un hombre joven en el despacho del inspector de policía. Traía algo en su mano, que mostró a su superior, tras pedir disculpas por ello a la testigo. Esta observó atentamente al recién llegado. Y también su expresión y la del otro policía, mientras éste examinaba el documento, que no era otra cosa que un telegrama.

El otro policía no parecía ser precisamente lo que era, pensó Verity con interés. Alto, esbelto; con elegancia natural, rostro simpático y jovial, cabello castaño y ojos grises, sagaces, risueños, hubiera podido pasar por un caballero de la mejor sociedad londinense, o por un joven aficionado a las carreras de caballos, pero no por un policía.

—Vaya, ignoraba que hubiera llegado esto al Yard antes de morir

el doctor Dogherty… —comentó el inspector que interrogaba a la joven periodista—. ¿Quiere echarle un vistazo, señorita Harrod? Aunque usted no conociera de nada al doctor Dogherty, quizás sea interesante saber su opinión respecto a este telegrama…

Sorprendida por el hecho de que el inspector no dudara en mostrarle algo relacionado con el crimen, Verity Harrod tomó el telegrama, examinándolo atentamente.

Estaba fechado en Ipswich, la mañana de aquel mismo día. Iba dirigido a Scotland Yard. Su texto la sorprendió:

> «Me urge hablar con ustedes urgentemente de algo muy grave y extraño que está sucediendo en esta ciudad. No sólo se trata de varios asesinatos inexplicables. Hay algo más. Mucho más, que acabo de descubrir. No me atrevo a hablar de ello con nadie aquí. Esperen mi llegada a Londres. Saludos,
>
> *John Dogherty, M.D.*»

—¿De modo que ése era el motivo de su viaje a Londres…? —murmuró la joven, devolviendo el telegrama al policía—. Venir a Scotland Yard a denunciar algo…

—Eso parece —asintió el policía con gravedad—. ¿Qué le sugiere este mensaje, señorita Harrod? Como periodista de sucesos que es usted, quizás se pueda formar una opinión al respecto. Opinión que podría ser valiosa, dada su experiencia y buen juicio.

—Es muy amable conmigo al solicitar mi opinión, señor — suspiró la joven—. Pero me temo que todo esté demasiado oscuro para interpretarlo con precisión. Se desprende de ese mensaje, como usted mismo ha advertido, de algo que él, como médico sin duda, descubrió en su ciudad. Algo capaz de asustarle tanto como para no fiarse de nadie allí y emprender urgente viaje a Londres para informarles a ustedes. Pero sin duda, una persona en Ipswich supo que venía a verles… y lo evitó del modo más directo posible.

—Sí, estamos de acuerdo —aceptó el inspector, entrelazando sus dedos sobre la mesa—. Según usted, la clave de todo podría estar en la propia ciudad de Ipswich, y no aquí, en Londres.

—Eso parece desprenderse de ese mensaje telegráfico, ¿no?

—En efecto, señorita Harrod —afirmó despacio el policía. Se volvió a su subordinado, que permanecía en pie, estudiando con interés y curiosidad a la joven testigo mientras charlaban, y le indicó con tono firme—: Por favor, Peter, ¿quiere acompañar a la señorita hasta la cercana parada de coches de alquiler y volver luego a verme?

Tengo un trabajo especial para usted, que espero le guste, y que podría suponerle un éxito profesional en su carrera.

—Desde luego, inspector —afirmó de buena gana el joven policía —. ¿Vamos, señorita Harrod?

—Sí, desde luego —se apresuró a asentir ella, dando la mano al inspector y saliendo del despacho en compañía del joven policía.

Cuando cruzaban el tradicional patio que diera su nombre a la institución policial de Gran Bretaña[2] el policía le preguntó con curiosidad irrefrenable:

—¿De modo que es usted periodista?

—Sí, afirmó ella, mirándole algo beligerante, sin dejar de caminar a su lado—. ¿También va a sentirse usted escandalizado de que una mujer llegue a ejercer una profesión semejante?

—No, no —rió de buena gana el joven—. Ni mucho menos. Tal vez el inspector Brooks piense así porque está chapado a la antigua, pero yo disto mucho de compartir esta teoría generalizada de que la mujer sólo es buena para el hogar y las tareas domésticas. Me alegra conocer a una periodista del sexo femenino, la verdad. Ha elegido usted una profesión apasionante.

—Vaya, es un alivio oír hablar así a un hombre —bromeó ella, más risueña ahora, mientras sus tacones sonaban en el empedrado del Yard, mojados por la llovizna y la humedad ambiente, en aquella madrugada londinense—. Su oficio también es fascinante en mi opinión.

—¿Ser policía? —él se encogió de hombros—. Eso pensaba yo cuando ingresé aquí. Me he pasado varios años trabajando como patrullero, con un uniforme por las calles. Solicité entrar en Detectives y tuve suerte. Pero sigo aburriéndome, sin asuntos importantes que me permitan trabajar como realmente me gusta. Mis aspiraciones no consisten sólo en ser algún día inspector de Scotland Yard, sino en llegar a serlo por méritos y no por años de servicios en aburridas oficinas y en expedientes rutinarios.

—Bueno, tampoco el periodismo es siempre lo que parece. A veces hay que hacer reportajes sin grandes emociones, trabajos de rutina. Sólo de vez en cuando surge algo realmente bueno que le permite a una actuar con todo entusiasmo.

—Pues no puede quejarse ahora, señorita Harrod. Tiene un buen asunto entre manos. Supongo que su relato de ese crimen en el tren va a erizar los cabellos a muchas de sus lectoras.

—Aspiro a algo más que eso —confesó ella, ceñuda, cuando salían del recinto de Scotland Yard y pisaban la calle, más allá de los muros que rodeaban el amplio patio repleto de carruajes de caballos pertenecientes a las patrullas policiales de servicio nocturno. Las

farolas de gas nacían brillar el empedrado como negro y reluciente charol en la madrugada. Una ligera niebla flotaba sobre la ciudad, sin llegar a hacerse demasiado densa.

—¿A qué aspira en realidad?

—A investigar el caso e ir escribiendo artículos sobre el asesinato del doctor Dogherty.

—¡No es posible! —se asombró el joven, deteniéndose ante ella, perplejo—. Usted no puede hacer tal cosa…

—¿Por qué no? —se extrañó ella, con expresión divertida.

—Porque ese hombre asesinado habla en su telegrama de *otros* asesinatos. Y de algo lo bastante grave como para provocar más muertes. Sería un riesgo imperdonable el que usted correría queriendo curiosear en ese caso, para obtener unos cuantos reportajes interesantes…

—El riesgo forma parte de mi profesión, señor…

—Rhodes —se apresuró a decir el joven—. Peter Rhodes, detective de Scotland Yard. Insisto en que sería demasiado peligroso para…

—Para una mujer, iba usted a decir —sonrió ella, desdeñosa—. Ya salió su insufrible machismo, señor Rhodes. Como todos los hombres…

—No es eso, señorita Harrod. Es que el peligro existe, para hombre o mujer. Debe dejar esto en manos de la policía, no mezclarse usted en ello por su afán informativo.

—Me temo que no voy a seguir sus consejos —suspiró Verity—, Haré un viaje a Ipswich. Y trataré de conocer la vida del doctor Dogherty para mis lectores. Si puedo descubrir algo más que tenga interés informativo, no vacilaré en correr riesgos para conseguirlo.

—Me preocupa usted —suspiró el joven Rhodes a su vez, deteniéndose con ella ante una hilera de carruajes de alquiler, situados frente a Scotland Yard, bajo la luz de una farola de gas—. Si fuese el encargado de un asunto como éste, impediría por todos los medios a mí alcance que usted se acercara a él ni de lejos.

—Pero no es su asunto, sino el del inspector Brooks —se mofó la joven periodista, abriendo la portezuela de uno de los carruajes para subir—. De todos modos, gracias por su interés en protegerme. Ha sido muy amable, señor Rhodes. Le deseo suerte en su carrera, amigo mío.

—Igual le digo —respondió él, cerrando la portezuela cortésmente, una vez la hubo ayudado a subir el peldaño de acceso al interior del confortable carruaje—. Aunque no lo crea, señorita Harrod…

Ella sonrió, agitando una mano en irónica despedida, y dio al cochero las señas de su casa. El vehículo partió, alejándose en la noche. El joven policía lo siguió con mirada pensativa. Luego, regresó

a la oficina de su jefe, el inspector de detectives Brian Brooks.

—Entre, Peter —le invitó éste—. Voy a encargarle del caso que tengo entre manos. Ya sabe, el asesinato del doctor Dogherty en ese tren. A partir de este momento, es un asunto suyo. Confío en que sepa llevarlo a buen término.

Capítulo IV

El constable Jackson levantó la cabeza. Miró con el ceño fruncido al hombre que acababa de bajar del tren en la estación de Ipswich, llevando solamente una pequeña maleta y en gabán al brazo. Ahora, dado lo lluvioso de la temporada, lucía un impermeable oscuro y un sombrero hongo. No había abierto su paraguas, pese a que lloviznaba ligeramente en esos momentos.

—¿Agente Rhodes, de Scotland Yard? —indagó el constable.

—Así es. ¿Constable Jackson? —sonrió el joven, tendiéndole mano.

—A sus órdenes, señor —contestó a su vez el policía local, respetuoso, estrechando la mano que se le tendía, aunque no con demasiado entusiasmo.

—No, eso no —rechazó el londinense con viveza—. Somos colegas y compañeros, nada más. No tiene por qué ponerse a mis órdenes ni yo a las suyas. Colaboración mutua es lo que hará falta en este asunto.

—Imagino que sí. La noticia del asesinato del doctor Dogherty nos dejó a todos realmente aterrados.

—Lo supongo —echaron a andar hacia el carruaje tirado por dos caballos, con un cochero de uniforme policial, que esperaba fuera del andén, para trasladarles al centro de la ciudad—. ¿Conocía usted bien al doctor?

—¿Conocerle bien? Era forense desde hacía tres años. Y amigo personal mío desde que instaló aquí su consultorio, hace más de diez años.

—¿Y aun así no le dijo nada sobre su viaje a Londres y los motivos que tuvo para ello?

—Solamente lo que le dije a su superior más directo en Londres, el inspector Brooks —explicó Jackson—. Me dejó una nota informándome de la urgencia del caso y la necesidad que tenía de llevarse el informe médico a Londres. Me pedía disculpas por no contar previamente conmigo y me daba a entender que todo era demasiado importante para que nos ocupáramos de ello en una ciudad provinciana. Al parecer, todo provenía de la autopsia que hizo de la última víctima del asesino que nos trae aquí confusos y atemorizados desde hace un mes.

—Sí, es lo que se deduce de su comportamiento —suspiró cansadamente el joven viajero, acomodándose en el carruaje—. Un agente de Scotland Yard conocía al doctor hace tiempo y fue quien

recibió el telegrama enviado por él antes de emprender su triste viaje final. Es obvio que tenía que notificarle algo de la máxima gravedad. Pero nunca llegó a hacerlo.

—¿Y no encontraron sobre el cadáver informe forense alguno sobre esa autopsia?

—Ni el más mínimo. No tocaron su dinero ni objetos de valor, pero si esa autopsia era la causa del crimen, debieron quitarle el documento al matarle.

—Sin duda ocurrió así —aceptó tristemente Jackson.

El carruaje se puso en marcha, alejándose de la estación del ferrocarril. Los dos policías permanecieron pensativos unos instantes. De pronto, Rhodes apuntó una posibilidad:

—Bien, supongo que esto tiene fácil arreglo, después de todo, procediendo de nuevo a la autopsia de la joven víctima, tras exhumar el cadáver.

Sí, supongo que sí. No nos queda otro remedio. Como ignorábamos lo sucedido en el tren, la muchacha fue enterrada la tarde misma en que el doctor Dogherty se ausentaba de Ipswich. Hablaré con el juez Hoggart, que ha vuelto hoy de una ausencia de varios días en Peterborough, a causa de un grave asunto familiar, para que extienda una orden de exhumación y el doctor Wharton pueda proceder a una nueva autopsia.

—¿Quién es el doctor Wharton? —quiso saber Peter Rhodes.

—Se ocupará a partir de ahora de los pacientes del pobre doctor Dogherty. Es el director del hospital local, y un buen médico, aunque lo cierto es que no se llevaba demasiado bien con el difunto John Dogherty.

—¿Ah, no? —Rhodes enarcó sus cejas—. ¿Por motivos profesionales acaso?

El constable rió entre dientes. Se inclinó hacia su colega y usando el tono confidencial propio de la gente de los sitios provincianos cuando quieren informar de algo particularmente malicioso a otra persona, añadió en voz baja—: Lo cierto es que el motivo de esta enemistad entre ambos médicos era puramente sentimental.

—¿Sentimental?

—Sí —suspiró el policía local—. El doctor Dogherty le había quitado la amiguita al doctor Wharton. Una bella dama local, llamada Belinda Nichols…

—Oh, entiendo. Su amigo no estaba casado, pero tenía su aventura…

—sí es. En cambio, el doctor Wharton sí lo está. Por eso no pudo promover ningún escándalo cuando Dogherty le dejó sin amante. Paro el rencor subsistió.

—¿Y, ahora, el doctor Wharton va a ocuparse de los asuntos profesionales que la muerte de su rival dejó en el aire…?

—No hay otro remedio. Existen aquí otros dos médicos, pero uno es demasiado viejo ya, y el otro se ocupa más de los enfermos rurales, en la comarca, que de los pacientes de la propia ciudad de Ipswich. Por ello hemos pensado en nombrar a Wharton médico forense.

El carruaje rodaba a buena marcha en dirección al centro urbano. El joven agente de Scotland Yard permanecía meditativo, sentado junto a su colega local, mientras se iba enterando de los pequeños comadreos de la localidad.

—Hábleme de los asesinatos. ¿Cuándo empezaron?

—Hace menos de un mes. Se repiten con regularidad casi absoluta. Cada ocho o nueve días, hay un nuevo crimen. Siempre en las calles, en zonas poco frecuentadas y durante la noche. Y siempre son mujeres las víctimas.

—¿Qué clase de mujeres?

—Jóvenes y atractivas. Pero de mala fama en la ciudad.

—¿Rameras?

—No llegan a tanto. Aquí, oficialmente, no hay prostitución, amigo mío — pareció sentirse ofendido Jackson por la sugerencia de su colega—. Podríamos definirlas como chicas bastante alegres, que cambian de pareja con frecuencia. Alguna de ellas, como la pobre Shirley Parsons, la última víctima, había vivido un escándalo. En este caso el presunto aborto de un hijo de un joven de buena familia de la ciudad.

—Vaya, eso es interesante —comentó Rhodes—. Había pensado en un posible embarazo de la víctima, descubierto por el doctor Dogherty en su autopsia. Era una posibilidad. ¿Hace mucho de ese escándalo?

No, no mucho. Cosa de un par de meses. No creo que estuviera de nuevo embarazada. Además, no se pudo probar nada de eso. Para algunos, fueron simples comadreos sin base, pero lo cierto es que la muchacha hacía tiempo que se la veía demacrada…

—¿Y el novio, ese joven de buena familia…?

—No creo que se le pueda llamar novio en el exacto sentido de la palabra —sonrió Jackson—. Es un hombre caprichoso, rico y mundano. Todo lo más que pudo tener con la pobre Shirley fue una breve relación amorosa más o menos clandestina. Ella era de familia humilde, de condición muy distinta a ese joven, Mike Donovan, que ahora va a casarse con otra joven de la mejor condición social en Ipswich, la señorita Glenda Porter, de los Porter que poseen varias industrias textiles en la ciudad.

—Entiendo. Y ese tal Donovan es el clásico joven mujeriego que se mete siempre en líos de faldas…

—De faldas y de todo —rió el constable de buen humor—. Le gusta el juego, beber y enamorar mujeres. Ellas dicen que es irresistiblemente atractivo, y él explota ese hecho. Pero supongo que no sospechará de él…

—Yo sospecho de todo el mundo, amigo mío —dijo Rhodes con firmeza—. ¿Cree que el que mató a las tres mujeres fue también el asesino del doctor Dogherty?

—Parece lo más lógico. También ellas fueron degolladas limpiamente… Y mutiladas, como bien sabrá ya.

—Sí, me informaron de ese punto. Siempre pequeñas mutilaciones, ¿no?

—Pequeñas pero evidentes: una oreja, parte de la nariz, un dedo…

—Un detalle macabro que puede hablarnos de un demente, de un maniaco.

—Sí, es muy posible. Todo parece obra de un loco, de un sicópata peligroso. No hay motivos claros de esos asesinatos. En ningún caso existió abuso sexual o intento de ello. Al menos, en ninguno de los dos primeros. Y Dogherty me adelantó la noche del crimen que en éste tampoco se apreciaba nada así.

—Rhodes estaba con la mirada pensativa, fija en el techo del carruaje que les conducía al centro. De repente recordó. Y lo mencionó:

—Hubo una testigo del crimen del tren, constable. Una mujer periodista.

—¿Una mujer periodista? —Jackson enarcó las cejas—. Dios, ¿adónde iremos a parar?

Rhodes sonrió, pasando por alto el comentario de su colega, para puntualizar:

—Ella afirma que vio huir a un hombre del tren, apenas cometido el asesinato. Y que ese hombre era contrahecho, jorobado, de una rara fealdad…

—¿Jorobado? —repitió Jackson con perplejidad—. No entiendo… Que yo sepa, no hay ningún tipo así en Ipswich. A menos que…

Se detuvo, con gesto de sobresalto, y Rhodes le miró vivamente.

—Iba a decir algo, ¿no, constable? —le interrogó.

—Sí, sí, pero no tiene mucho sentido. El único ser contrahecho que recuerdo, es Rufus Kilby, el empleado de la Morgue.

—¿La Morgue? —inquirió con vivacidad Rhodes.

—Eso es. Se ocupa de las faenas más ingratas. Ya sabe: limpieza de mesas, recogida de residuos, cuidado de los cadáveres, aseo del local… Parece un pobre diablo, feo como el pecado, pero incapaz de hacer daño a nadie, Rhodes.

Ya. Pero es jorobado y trabaja en la Morgue…

—Así es.

—Supongo que no estaría lejos del doctor Dogherty cuando éste hizo la autopsia a Shirley Parsons…

—No podía andar muy lejos, ciertamente. Él se ocuparía de limpiar el cadáver y la mesa donde el doctor hizo la disección del cuerpo, como hace siempre. ¿Qué está pensando, amigo mío?

—Nada concreto aún. Creo que visitaré de inmediato esa Morgue local y hablaré con el bueno de Rufus Kilby…

Capítulo V

Verity Harrod terminó su artículo y lo pasó al redactor más inmediato a su mesa de trabajo en la redacción del *Yellow Weekly*, para su posterior envío a composición.

El compañero de redacción revisó el escrito con brevedad. Luego sonrió a Verity de forma cordial.

—Te felicito —dijo—. Has escrito un reportaje muy interesante sobre el crimen del ferrocarril. A la señora Douglas va a gustarle mucho.

—Eso espero. Y también que guste a los lectores —suspiró la joven —. Pero eso no ayuda gran cosa a resolver el misterio.

—Eso es cosa de la policía, no nuestra. Debemos informar. Y ellos investigar. Para eso les pagan, ¿no? Y contribuimos todos a esa paga, recuérdalo.

—Estoy preocupada, la verdad. Me gustaría que cogieran a ese horrible criminal lo antes posible.

—¿Qué te pasa? ¿Has hecho de todo esto una cuestión personal quizás? —bromeó su compañero de redacción.

—Quizás. No puedo olvidar a aquel hombre huyendo en la oscuridad, aquel rostro de pesadilla… —se estremeció la joven periodista, cerrando un momento sus bellos ojos pardos. — Creo que voy a soñar muchas veces con él.

—No te lo aconsejo —rió el veterano periodista—. Por lo que cuentas, era un buen ejemplar de fealdad… Y encima, jorobado.

—Bueno, al menos lo parecía. Claro que cualquiera puede fingirse deforme si se inclina de cierto modo y cojea… así, por ejemplo.

Y ante la divertida expresión de sus compañeros, se puso a caminar, encorvada y cojeando, a saltitos, por entre las mesas de la vetusta redacción. Muchos rieron de buena gana al ver a tan esbelta y atractiva muchacha fingiéndose contrahecha.

—Perfecto —aprobó su compañero—. Viéndote, cualquiera diría que realmente tienes joroba, Verity.

—Añadid a esto una amplia capa o macferlán cubriendo las espaldas, la oscuridad y la lluvia…

—¡Verity!

Se interrumpió la grotesca representación cuando sonó el seco latigazo de la voz autoritaria de la señora Douglas, desde la entrada a la sala de redactores. La joven se irguió de inmediato, mirándola

sumisa.

—Sí, señora Douglas —dijo, respetuosamente.

—Verity, ¿qué significaba esa farsa en pleno trabajo? —la reprendió la directora del semanario.

—Disculpe, estaba intentando reconstruir el modo de andar del hombre que escapó del tren…

—Pues debía ser una belleza por lo que he visto —comentó secamente la dama. Luego, más suave el tono, añadió—: Venga conmigo, Verity, por favor.

Verity la siguió, esperando ser fuertemente reprendida. Pero cuando las dos mujeres estuvieron reunidas en el pequeño despacho encristalado que la señora Douglas tenía al fondo de la sala de redacción, el gesto de ésta se suavizó, la invitó a sentarse, y luego habló con brevedad y firmeza:

—Le obsesiona ese crimen del tren, ¿no es cierto?

—Sí, señora. No puedo evitarlo. Me pregunto a veces si el asesino era realmente deforme o lo fingía. Y si tan feo rostro sería realmente suyo… o sólo una máscara modelada en cera, pongamos por caso.

—He pensado mucho en ello, Verity, y he llegado a una decisión: quiero una crónica semanal desde Ipswich, en torno a los asesinatos cometidos en mujeres de esa ciudad, así como sobre la muerte del doctor Dogherty, que era el forense de esa localidad.

—¿De veras? —los ojos de la bella muchacha se iluminaron.

—Así es. Y nadie mejor que usted para cubrir esa información.

—Oh, cielos, es la noticia más maravillosa que podía esperar, señora Douglas. Yo…

—Usted, Verity, va a hacer esos reportajes, pero evitando cuidadosamente cualquier riesgo personal —la interrumpió con energía la dama—. No quiero que figure una redactora mía entre las víctimas de un posible loco homicida, ¿está eso bien claro?

—Sí, sí, por supuesto…

—Recuerde bien, que si usted vio al presunto asesino… también él la vio a *usted*. Y en su caso no existen posibles máscaras ni disfraces. Sabe perfectamente *cómo* es usted.

—Un momento —interrumpió Verity con viveza—. Si existe un posible disfraz, después de todo. Soy rubia, ¿no? Una peluca morena, unas gafas de gruesa montura y una ropa diferente, podrían convertirme en una mujer de aspecto muy distinto.

—No resultaría. No es tan fácil disfrazarse a plena luz del día. En el teatro es diferente, pero en la vida real…

—Se puede intentar. Si llega allí una periodista, quizá la gente se retraiga a comentar muchos comadreos interesantes, y la policía se ponga hostil, sobre todo tratándose de una mujer. Pero, si me presento

como una vulgar forastera, digamos una dama de alguna entidad benéfica o religiosa, pongamos por caso, la cosa sería diferente.

—Dios mío, no pensará hacerse pasar por una monja… —se escandalizó la señora Douglas.

—No exactamente. Pero hay sectas religiosas que buscan adictos. Elegiré una, de las menos conocidas. Y me presentaré como una virtuosa dama haciendo colectas y propagando su fe. Es toda una idea, ¿no cree?

—Bueno, si puede evitar riesgos, tanto mejor —suspiró su patrona —. Pero no cometa errores ni se complique en nada peligroso. En cuanto vea un problema, avise a la policía o retírese del asunto, Verity. Prefiero quedarme sin reportajes y conservar viva a una redactora de mi periódico, que tener que dedicarle una esquela *in memoriam* en cualquier número del semanario.

—Le prometo ser prudente, si es eso lo que le preocupa.

—Está bien —la señora Douglas abrió un cajón y sacó unos billetes de un sobre, que puso ante la joven—. Aquí tiene cincuenta guineas para sus gastos de estancia iniciales en Ipswich, así como para procurarse los medios necesario para su disfraz. Buena suerte, amiga mía. Espero su primer reportaje para dentro de dos o tres días. Si hubiera algo del máximo interés, incluso llegaría a lanzar una edición especial.

—Procuraré que tenga material para ello —declaró Verity tan satisfecha con su anhelada misión como orgullosa de haber sido elegida para la misma—. Hasta pronto, señora Douglas.

—Hasta pronto, mi querida amiga.

Abandonó el despacho radiante de satisfacción, impaciente por iniciar lo que, para ella, era la primera gran aventura profesional de su corta vida como periodista. Estaba dispuesta a demostrar al mundo que una mujer podía ser tan buena como un hombre desempeñando tareas como aquélla.

Aquel mismo día, una piadosa, virtuosa dama vestida de gris, cabellos oscuros recogidos en un sobrio moño en la nuca, rostro serio y pálido, con unas gruesas gafas sobre su nariz, tomaba el tren para Ipswich en la estación de Bishopsgate, leyendo los Evangelios y mostrando sobre su pecho el emblema de una casi desconocida orden religiosa, una secta de la que posiblemente nadie había oído hablar en su punto de destino.

Incluso sus compañeros de redacción hubieran tenido dificultades en reconocer en aquella dama carente de atractivos a la muy bonita y seductora Verity Harrod.

* * *

Peter Rhodes contempló con ojos pensativos al viejo y tétrico caserón situado en la callejuela empinada, de suelo empedrado y desigual, a dos manzanas escasas del cuartelillo de la policía de Ipswich.

Sobre su portón de acceso, se leía, en letras negras, algo borradas por efecto de la intemperie:

DEPOSITO MUNICIPAL DE CADAVERES

Estudió las altas ventanas de cristales polvorientos, el mulo de ladrillos oscuros, casi negros, con los marcos de las ventanas en color gris. Sobre el tejado, humeaba una gruesa chimenea y el aire olía a hollín en toda la callejuela.

—No es muy alentador —comentó entre dientes.

El constable Jackson sonrió, si bien su mirada hacia la Morgue local tampoco resultó excesivamente entusiasta.

—Después de todo, los clientes que vienen aquí no exigen demasiado, Rhodes —dijo con macabro sentido del humor.

Asintió con la cabeza el joven policía londinense, y ambos hombres entraron en el recinto mortuorio. Al cruzar el umbral, una vaharada de humedad, de frío y de algo más indefinible aún, le hizo estremecer ligeramente.

Sus pisadas en el amplio zaguán retumbaron huecamente en los muros desconchados y en el alto techo abovedado del lugar. Al fondo, una puertecita de madera deslucida señalaba con otro letrero de caracteres negros:

LA MORGUE
PROHIBIDO EL PASO

—¿Hay algún cadáver hoy aquí? —se interesó Rhodes.

—Dos —explicó el constable—. La anciana señora Pilgrim falleció anoche al caerse por la escalera. El doctor Wharton ha decidido hacerle la autopsia. El otro es el de un niño al que arrolló un carruaje, una criatura de dos años, de una casa rústica de los alrededores de la ciudad.

Sin comentar nada, Rhodes siguió a su colega al interior del depósito propiamente dicho. De inmediato vislumbró los dos bultos bajo telas blancas, sobre las mesas marmóreas de la larga, destartalada, sombría sala. Una vaga sensación de horror le asaltó. Las telas tenían algunas huellas de manchas de sangre seca y oscurecida, posiblemente de otros cadáveres. No había demasiada limpieza allí pero, como dijera Jackson poco antes, aquella clientela no

acostumbraba a quejarse de nada.

Uno de los bultos era pequeño; sin duda era el del niño. El otro, por contra, era flaco y largo. Los miró aprensivamente. La presencia física de la muerte siempre le habla inspirado un profundo respeto.

—¿Dónde está Rufus Kilby? —preguntó, curioso, al no ver otra presencia que la de los cadáveres tapados con las sábanas.

—Nunca se sabe. Suele aparecer del modo más imprevisto. ¡Rufus! —llamó—. ¡Eh, Rufus, tengo que hablar contigo! ¿Dónde diablos te has metido?

Se abrió una puerta vidriera al fondo. Rápido, Rhodes dirigió una mirada a ese punto, y sufrió un sobresalto. Sobre la vidriera se leía la palabra «AUTOPSIAS». Pero no era eso lo que causó horror a ambos policías, sino la aparición del horrible, feísimo jorobado, empuñando un cuchillo empapado en sangre, sus manos chorreantes también de rojo, y una mueca de satisfacción en su cara de gárgola viviente.

—Dios, ¿qué es eso? —jadeó Rhodes, llevando instintivamente la mano al bolsillo donde llevaba su revólver.

Jackson detuvo su mano y trató de mostrarse sereno ante el repulsivo espectáculo.

—Rufus, ¿se puede saber qué estás haciendo ahí dentro? —su pregunta era casi un reproche—. ¿Qué haces con el cuchillo?

El jorobado lanzó un gruñido incoherente. Luego, pudo articular algunas palabras, como un niño cogido en plena travesura:

—No le digan nada al doctor… Estaba… estaba practicando… como él hace…

—Practicando, ¿qué? —le interpeló Jackson, avanzando hacia él.

—Au… autopsia… claro —rezongó torpemente el contrahecho con avergonzado tono.

—¿Autopsia, dices? —se horrorizó el constable—, ¿En qué, maldita sea?

Ambos policías cruzaron la sala directamente hacia el quirófano destinado a autopsias, esperando enfrentarse a algún horror inimaginable. Se pararon en seco en la entrada al ver la mesa empapada en sangre… y sobre ella el cuerpo de una enorme rata de pelo gris erizado, a la que el cuchillo de Rufus había abierto en canal, tras cortarle de un tajo casi toda la cabeza. Naturalmente, la cantidad de sangre derramada por el roedor había cubierto todo de rojo violento. El espectáculo resultaba más repugnante que otra cosa. Rhodes sintió náuseas y apartó la vista, fijándola en el jorobado, que tampoco era un espectáculo agradable. Con tanta sangre en sus manos, en su cuchillo de cocina y en el sucio delantal con que se cubría.

—¿Por qué hiciste eso? —le interpeló con dureza el joven

londinense.

Rufus le miró con algo parecido al terror, dando intuitivamente un paso atrás. El cuchillo, afilado y puntiagudo, goteaba sangre de la rata sobre sus ropas, sin que pareciera importarle demasiado al deforme ser.

—No… no… —sollozó, con uno de sus ojos muy abierto—. Yo no hice nada…—, malo… Hay muchas ratas aquí, en el sótano… Las alimento con… con vísceras de cadáveres… con lo que no sirve… y está en el cubo de desperdicios… Luego practico con ellas… No me haga nada, señor…

—Nadie va a hacerte nada, Rufus —le tranquilizó Jackson—. Este caballero es un buen amigo de Londres que viene a hacerte unas preguntas. Luego, si eso te gusta, podrás seguir con tu autopsia, aunque no sé lo que pensará de esto el doctor Wharton cuando lo sepa.

—¿Va… va a decírselo? —gimió el infeliz con gesto aterrorizado.

—No, Rufus —trató de ganarse su confianza Rhodes ahora, con una sonrisa—. No vamos a decirle nada. Pero a cambio de eso, me gustaría que me hablaras de algunas cosas…

El jorobado le miró con suspicacia, pero el gesto sereno y amable de Peter pareció convencerle, poco a poco, y su gesto se suavizó, aunque continuó siendo el ser más feo que jamás viera Rhodes en su vida.

—Pregúnteme, señor —murmuró—. Rufus le contestará lo que sepa…

—Buen chico, Rufus —aprobó Rhodes—. ¿Has sentido mucho la muerte del doctor Dogherty?

—Mucho, señor. Era mi amigo. Me trataba bien… El doctor Wharton no es así.

—Tienes razón —confirmó Jackson—. El doctor Wharton es un hombre áspero, poco amistoso…

—Rufus, ¿te dijo algo el doctor Dogherty en su última autopsia, cuando diseccionó el cadáver de aquella chica, Shirley Parsons? —insistió ahora Peter.

—Él nunca decía nada a Rufus. Pero hablaba a solas, comentaba cosas mientras hacia la autopsia a esa chica…

—¿Qué cosas, Rufus? —le apremió vivamente Rhodes.

—Cosas, no sé… No estaba con él. Le oía por la puerta entreabierta. Rufus no es un mal chico. No espía a la gente…

—Lo sé, lo sé —se apresuró a sonreír tranquilizador Rhodes—. Pero este es un caso especial, ¿sabes? Muy especial… y sería bueno que Rufus dijera por una vez si oyó algo.

Eso ayudaría mucho a tu amigo Jackson, a mí, y al buen doctor

Dogherty.

—Pero el doctor está muerto…

—Claro. Sin embargo, sabríamos por qué está muerto. Eso, a él, le gustaría, sin duda. Vamos, Rufus, ¿qué cosas decía durante aquella autopsia?

—No entendí bien, señor. Decía… decía que no podía ser. Que aquello no podía suceder… Que no permitiría que siguiera adelante, y cosas así.

—¿Pero no concretó lo que era, no dijo qué era lo que no permitiría que siguiera así?

—No, no, seguro —negó Rufus—. Yo no oí más, lo juro, señor…

—Y yo te creo, Rufus. Ahora dime: ¿tomaste tú el tren para Londres con el doctor Dogherty?

El jorobado le miró estupefacto, como si no entendiera o aquello no tuviera sentido.

Retrocedió dando saltitos torpes y negó rotundamente con la cabeza.

—No, no. Yo nunca tomo el tren… —jadeó—. No puedo tomar el tren… Pero me gusta verlo pasar… Desde aquí se puede ver… Yo miro el tren, pero nunca puedo viajar en él…

Rhodes miró adonde señalaba el deforme ser. En efecto, dada la situación de la Morgue, en una zona alta de la ciudad, era visible allá al fondo de la estación, con su vía férrea, y el mar y los acantilados de la costa formaban un telón de fondo brumoso en el panorama. Una alta ventana, con una asesa de mármol debajo, sería sin duda buena atalaya para el jorobado Rufus, cuando veía pasar los trenes.

Peter miró largamente al jorobado. Ya no le producía tanto asco como antes, aunque la sangre de la rata en sus manos y el cuchillo seguía siendo una nota repulsiva.

—Sabes usar bien el cuchillo, ¿eh? —comentó, tras una pausa, cambiando el tema.

—Oh, sí, señor —se entusiasmó Rufus—. El doctor Dogherty me enseñó. El usaba el bisturí, pero eso no me lo permitía usar a mí. Puedo cortar a las ratas que examino, señor. ¿Ve qué cortes más limpios?

—Si —suspiró Peter—. También al doctor le cortaron muy limpiamente el cuello, Rufus. Como esas chicas a quienes él hizo la autopsia…

Asustado, repentinamente medroso por alguna oscura razón, Rufus volvió a saltar atrás, mirando inquieto a Rhodes. Tragó saliva y torció más su boca.

—Yo no… yo no lo hice, señor —susurró.

—No hiciste, ¿qué? —le preguntó, rápido, el constable Jackson.

—Matar… Yo no mato personas… Sólo ratas… ¡Sólo ratas, lo juro!

—Claro, Rufus, ¿por qué dices eso? —le calmó Peters—. Nadie ha dicho que tú hagas tal cosa…

—Quieren acusarme a mí… ¡Quieren acusarme a mí! —sollozó el deforme—. Yo no hago daño a nadie, señor… ¡Yo no hago daño! El doctor Wharton también me acusa…

—¿El doctor Wharton? — repitió Jackson—. ¿Qué quieres decir?

—El… él pasó por aquí ayer. Me miró enfadado. Y me dijo que tuviera cuidado con lo que hacía. Que se podía empezar matando ratas, para luego matar personas… Y lo dijo de un modo que parecía como si quisiera acusarme a mí de algo… horrible, señor —lloriqueó Rufus Kilby.

Los dos policías se miraron. Rhodes negó lentamente con la cabeza. Jackson entendió e inició la salida de aquel recinto macabro.

—Nos vamos, Rufus —dijo—. No tienes que temer nada. Diga lo que diga el doctor, nosotros somos tus amigos y sabemos que eres un buen chico. Sigue con tu autopsia, muchacho.

Salieron de la Morgue. Rhodes respiró hondo al pisar la calle. El húmedo aire que venía del mar se mezclaba con el olor a hollín de las chimeneas.

—¿Qué piensa de él, Rhodes? —inquirió Jackson, pensativo.

—Parece inofensivo, realmente, aunque la primera impresión fuese tremenda — confesó el joven policía—. No creo que fuese él la persona que mató a Dogherty en el tren.

—¿Entonces, el jorobado monstruoso que vio su testigo…?

—No sé qué pensar. Tal vez ella vio mal… o el asesino iba disfrazado para que se pudiera culpar a Rufus por si era visto por algún testigo… Ahora tengo interés por hablar con alguien más, constable

—¿Con quién?

—Con el doctor Wharton, naturalmente. Y con Mike Donovan, el caballero galante de la ciudad. Usted, mientras tanto, podría solicitar del juez ese permiso de exhumación de los restos de Shirley Parsons…

—Sí, lo haré enseguida. Si va ahora al hospital local, encontrará sin duda allí al doctor Wharton. ¿Nos reunimos luego en el restaurante del hotel para comer juntos?

—Sí, allí estaré dentro de un par de horas —asintió Rhodes—. Aunque lo cierto es que la visión de esa «autopsia» de Rufus me ha hecho perder totalmente el apetito…

Capítulo VI

—¿La Asociación Cristiana para la Mujer? No había oído hablar nunca de esa Orden, señorita…

—Parker, Ana Parker —se apresuró a presentarse la virtuosa dama de gris, con su más fervoroso gesto, a la enfermera que acababa de abrirle la puerta—. Pertenecemos al Movimiento de la Fe, señorita. Y ofrecemos nuestra ayuda espiritual a cuantas mujeres la necesitan, esperando de ellas una modesta contribución a nuestra causa…

Le tendió un folleto que la enfermera Hartfield recogió indiferente, echándole una hojeada de compromiso.

—Lo siento, pero me temo que no sea persona de excesiva fe para requerir su ayuda, señorita Parker —objetó la mujer que trabajara a las órdenes del doctor Dogherty en su consultorio, hasta el día de su muerte.

—Por el contrario, nuestras hermanas más necesitadas de apoyo y comprensión son aquellas que no tienen fe en nada o poseen una dosis muy pequeña de ella.

—Aun así, lamento no poderla recibir, señorita Parker —se excusó la enfermera con tono educado pero firme—. Le ruego que me disculpe. Puedo darle un óbolo para su bella causa, pero nada más.

Y buscó en el bolsillo de su uniforme, sacando unas monedas que alargó a Verity. Esta, sin embargo, rechazó las mismas, moviendo su cabeza con énfasis, en sentido negativo.

—No, no. Usted no me ha comprendido, señorita. No solicitamos dinero ahora, como vulgares pedigüeñas, yendo de puerta en puerta. Por el contrario, queremos abrir nuestro corazón y nuestro templo a todos, y sólo entonces, una vez arraigados aquí, como en tantas otras poblaciones inglesas, intentar cosechar el fruto de aquellas que tengan fe ciega en nuestra causa. Por ahora, venimos a dar, no a pedir.

—¿A dar? —dudó la enfermera, interesada por vez primera en el asunto, más por femenina curiosidad quizás que por otra cosa.

—Así es. A dar, en el más amplio sentido de la palabra. Espiritual y materialmente, señorita.

—Temo no entender bien sus palabras. Personalmente, yo nada necesito, pero…

—Todas necesitamos siempre algo, aunque creamos poseer todo lo que nos es necesario. Voy a iniciar unas conferencias en muy breves días, cuando haya logrado reunir la suficiente cantidad de fieles o de

interesados iniciales en nuestra fe, para tratar de mostrar el camino de la auténtica creencia y de la paz espiritual que conduce a la felicidad. Todo ello, naturalmente, defendiendo a la vez los derechos sociales, políticos y morales que la mujer necesita que le sean reconocidos en la época actual.

—Estoy segura que ese último punto sí va a hacerle ganar muchos adeptos a su causa, señorita Parker —sonrió la enfermera con indulgencia—. Lo cierto es que en Ipswich las cosas no están tan bien como en Londres para la mujer que trabaja. Sólo podemos ser enfermeras, niñeras o cosas parecidas. A lo más que se ha llegado es a ser explotadas como auténticas esclavas en las industrias textiles y de tabaco de esta localidad.

—La auténtica felicidad humana no se basa tan sólo en unas sólidas ideas religiosas y de convivencia, sino también en una digna posición social y laboral.

—Muy cierto, señorita Parker. Por eso le digo que en ese terreno sí se ganará las simpatías inmediatas de muchas de sus conciudadanas. Personalmente, nada tengo de qué quejarme, gracias a mí profesión, que ejerzo porque estudié varios años la carrera de Medicina y ejercí de enfermera incluso en las guerras coloniales, he tenido a personas como al infortunado doctor Dogherty, que sabían tratarme de forma adecuada, con toda la dignidad del mundo.

—Comprendo. Una enfermera titulada es alguien que siempre inspira respeto y admiración —comentó Verity dulcemente—. ¿Le ha ocurrido algo a su patrón, tal vez?

—Le mataron hace poco.

—Oh, cielos… Alguno de esos horribles anarquistas que invaden el mundo actual…

—Nada de eso. Un asesinato de cuyo autor nadie sabe el nombre pero que no tuvo nada de político, señorita Parker

—suspiró la enfermera con gesto ensombrecido—. Ahora, tendré que depender sin duda de otro médico de la localidad, si quiero conservar mi empleo. Y la verdad, el doctor Wharton no es santo de mi devoción.

—Comprendo. Me gustarla poderle ayudar, señorita…

—Hartfield. Abigail Hartfield —se apresuró a presentarse la joven enfermera tendiéndole su mano abierta, cordial, que Verity estrechó con su más angelical expresión—. Por desgracia, ni usted ni su fe pueden ayudarme demasiado en ese sentido. El doctor Nicholas Wharton es un médico de fuerte carácter, métodos muy especiales y gran dureza en el trato. Dirige el hospital local y se quejan tanto sus enfermeros como los pacientes. Pero le soportan todos porque es un excelente médico, ésa es la verdad. Abierto a nuevas corrientes

terapéuticas, con amplio sentido de su profesión… Oh, pero estoy aburriéndola con mis cuestiones personales.

—Nada de eso, señorita Hartfield. Me complace escuchar a los demás. Forma parte de nuestros principios más sagrados.

—¿De veras? Empieza a interesarme eso de su Asociación Cristiana para la Mujer. Si existe un medio de que una pueda exponer sus problemas más íntimos logrando que alguien los escuche y comparta, creo que cualquier mujer darla algo por formar parte de ese círculo.

—Es nuestro propósito, allí donde vamos, conseguir eso desde un principio. Los cursillos que impartiré se iniciarán con una serie de reuniones, en las que cada una de nosotras se sincerará de todos sus problemas, y las demás tratarán de ayudarla a encontrar una solución. Ha dado resultado en muchos sitios hasta ahora.

—Lo creo —una lucecita leve de entusiasmo asomó a los ojos de la enfermera Hartfield—. Ya me ha ganado usted en parte, mí querida amiga. Cuente conmigo para la primera de sus reuniones. Si quiere, la ayudaré facilitándole ahora nombres y direcciones de personas de Ipswich que estoy segura acudirán con entusiasmo a esas juntas iniciales. —Sería de gran ayuda para mí, puesto que usted conoce bien esta ciudad…

—Desde luego. El primer nombre que voy a facilitarle es, precisamente, el de la señora Wharton.

—¿La esposa de ese médico de quien usted posiblemente va a depender pronto? — indagó ingenuamente Verity.

—La misma, sí. Cheryl Wharton es quizás la persona que más sufre con la forma de ser de su marido —se inclinó para añadir confidencialmente entre dientes—: Verá, señorita Parker, lo cierto es que entre los defectos del doctor Wharton, existe el de sentirse demasiado atraído por otras mujeres, pese a estar casado… Entre él y el doctor Dogherty existía una profunda enemistad, motivada por el hecho de que una bella dama local, Belinda Nichols, había dejado de ser amante del doctor Wharton para serlo de mi antiguo jefe que, a fin de cuentas, era soltero y bastante atractivo.

—Comprendo —suspiró Verity, como si aquel asunto escandalizase un poco su misticismo religioso—. Ah, los hombres…

—Y que lo diga, mi querida amiga —asintió Abigail Hartfield—. Siempre son iguales. Y si no, infórmese sobre un caballerete local llamado Mike Donovan…

—¿Mike Donovan? ¿Quién es?

—Nuestro Casanova local —musitó la enfermera con cierto tono de desprecio en su voz—. Un joven y bello muchacho de la mejor familia, cuya diversión consiste en tomar y dejar a las mujeres, aparte dilapidar la fortuna de sus padres en el juego y en la bebida.

—Deplorable. Hombres así son los que crean infortunios en las mujeres. Sus amantes, su propia esposa, sin duda, la que más sufrirá con todo ello…

—No, aún no tiene esposa. Pero desgraciadamente, va a tenerla pronto. Una bella y virtuosa joven, hija del dueño de la mejor tienda local, Archie Randolph. Helen, la muchacha en cuestión, es dulce y encantadora. Pronto será una mujer amargada, con semejante marido. Se rumorea que se casa con ella por el dinero de su padre, ya que los Donovan no piensan permitir que su hijo gaste más de su fortuna personal…

—Hablaremos de cosas así en nuestras reuniones —suspiró Verity —. Y ojalá la propia señorita Randolph pudiera asistir a ellas, fuese o no ya la señora Donovan, para poder darle un poco de orientación y aliento…

—Creo que podremos hacerla miembro de su círculo, señorita Parker, sin mucha dificultad, incluso ahora mismo —se sinceró la enfermera confidencialmente—. Es una joven muy virtuosa y honesta. Por desgracia, tampoco su padre se le parece demasiado. Es buen hombre y muy trabajador, pero un bebedor empedernido. Es viudo, y sin embargo todos piensan que frecuenta tanto la cantina de Mc Dougall, aquí en Ipswich, porque va detrás de una tal Daisy Turner, que trabaja de cantinera para el viejo escocés. Lo malo es que la tal Daisy parece ser que vive allí como amante de Mc Dougall, y eso puede provocar fricciones entre ambos. Lo que le dije: Helen Randolph es víctima de los hombres, sea padre o futuro marido… De modo que vendrá encantada a nuestras futuras reuniones, seguro.

—¡Me da usted un gran aliento, querida! —musitó con entusiasmo Verity, poniéndose en pie—. Creo que acerté al visitarla a usted en primer lugar cuando vi su nombre en esa placa exterior, junto con la del difunto doctor Dogherty… Cuente con mi apoyo y amistad en todo momento. Durante mi estancia aquí, en Ipswich, me encontrará siempre que quiera en el Hotel Blasón Imperial.

—No dejaré de visitarla en breve, con una larga lista de nombres femeninos para su primera conferencia —sonrió animosa la enfermera, acompañándola a la salida—. Creo que ambas vamos a ser buenas amigas…

—Estoy convencida de ello —afirmó con energía la supuesta señorita Parker—, Quien, una vez fuera de la consulta, cuando se alejaba por la calle bajo su identidad de cristiana activista feminista, musitó para sí, moviendo la cabeza—: «¡Buena chismosa está hecha la tal enfermera Hartfield para ser tan joven! Ni la más vieja comadre del lugar podrá ganarla en ese terreno, estoy segura de ello… Pero gracias a eso puede serme útil. Muy útil, quizás…»

Y se sintió francamente satisfecha de sus primeros pasos por

Ipswich. Ya poseía una amplia información inicial sobre ciertas personas de la ciudad relacionadas más o menos directamente con ciertas víctimas del misterioso asesino. Por ejemplo: sabía que Mike Donovan, que tuviera relaciones íntimas con la tercera víctima, Shirley Parsons, según una noticia de agencia leída cuando se produjo el crimen, iba a casarse con la hija de un hombre rico, comerciante local que andaba tras una mujer que, casualmente, era la amiguita del cantinero Mc Dougall, ante cuyo establecimiento se produjo la muerte violenta de Shirley, tras un aborto de quien, con todas las probabilidades, iba a ser hijo del crápula y joven Donovan.

Sabía también que la amiga del doctor Wharton había dejado a éste para irse con Dogherty. Y que la enfermera Hartfield no sentía simpatía alguna por el tal Wharton que, pese a ser un buen médico, era un hombre duro, antipático y rencoroso, además de poco fiel como esposo.

«Para ser las primeras horas aquí, no está nada mal —se dijo Verity complacida—. Me convendrá mantener la amistad con esa mujer, la enfermera Hartfield. Es posible que me cuente cosas muy jugosas de la gente de esta ciudad. Después de todo, quizás una de esas personas que ella critica tan acerbamente… sea el asesino que están buscando.»

* * *

El doctor Wharton era un hombre de semblante agresivo, cejas pobladas, ojos estrechos y fríos, intensamente azules, nariz halconada y boca prieta, de enérgica expresión dentro del recuadro de su mandíbula cuadrada, en la que la sombra de la barba ponía tonos azulados, pese a lo pulcro de su rasurado. Tenía el cabello crespo y rizoso, unos cuarenta y cinco años de edad, cuerpo fornido y manos recias y vigorosas, que estrechaban con firmeza la del otro, y cuyos gruesos dedos velludos parecían poco adecuados para la práctica delicada de la cirugía. Sin embargo, por lo que el agente de Scotland Yard Peter Rhodes acababa de comprobar en la entrada del Hospital Municipal de Ipswich, el doctor Nicholas Wharton era médico-cirujano, aparte del director del establecimiento. No parecía tener especialidad alguna, sino practicar la Medicina y Cirugía generales.

—Es un placer conocerle, Rhodes —dijo, tras echar una ojeada de aparente indiferencia a la tarjeta de visita del recién llegado—. Supongo que viene para hacerme alguna pregunta sobre el doctor Dogherty…

—Así es, doctor. Después de todo, ambos eran colegas y convecinos…

—Pero no amigos —le replicó con viveza Wharton—. En absoluto,

señor Rhodes. Nuestra relación personal era estrictamente la de la profesión, si se terciaba ello, ya que el doctor Dogherty era el médico forense de esta ciudad. Pero nada más.

—Entiendo. ¿Algún motivo especial para que existiera ese antagonismo entre ambos? —Yo no he dicho que hubiera antagonismo —fue la fría respuesta de Wharton, clavando sus ojos azules en el policía.

—Perdone. Tal vez interpreté mal sus palabras…

—No. No las interpretó mal, después de todo —el médico sacudió su cabeza con énfasis—. Es cierto. Había antagonismo entre ambos.

—Profesional, supongo…

—Supone mal. Y quizás lo sabe —unió sus densas cejas en un gesto huraño—. Había otra clase de motivos. Una mujer.

—Creí que el doctor Dogherty era soltero… y usted casado.

—Y así es, señor Rhodes. ¿De veras nadie le ha hablado aún de Belinda Nichols?

—Pues… no —mintió Rhodes con asombrosa facilidad—. No soy partidario de comadreos, doctor. Sólo los hechos me interesan.

—Lo de Belinda Nichols es algo más que un comadreo. Es un hecho. Fue mi amante. Y el doctor Dogherty me la quitó. Yo soy casado y no podía armar un escándalo público, por supuesto. Pero nunca perdoné a ese hombre que me quitara a una mujer a quien yo amaba profundamente, en un sentido distinto a como quiero a mí esposa. Creo que, como hombre, me comprenderá usted…

—Creo que sí, aunque no sea casado —sonrió Rhodes—. Ahora, sin embargo, puede usted recuperar sin dificultad a su antigua amante… El doctor Dogherty ya no existe.

—Lo sé muy bien. Pero eso ya no cambia las cosas. No soy hombre que guste de recoger algo que ya no me pertenece. Ella eligió libremente a otro. Bien, que siga su camino y yo el mío. Si pensaba que Belinda Nichols podía ser un motivo para que yo asesinara a mí colega, puede borrarlo de su agenda, señor Rhodes —sonrió agresivamente el médico—. Por esas razones, no puedo ser su sospechoso favorito.

—¿Quién ha dicho que lo fuera?

—No hace falta mucha imaginación para suponerlo. Mi profesión, mis sentimientos hacia él… Mire mis manos: tengo fuerza física Suficiente para empuñar un bisturí de mi profesión y degollar a un hombre. Eso incrementa las sospechas, ¿no?

—Doctor, no le estoy interrogando como sospechoso. Sólo como médico local, colega de un compañero que ha muerto asesinado. Es mucha la gente a quien debo interrogar aquí todavía. De momento, el principal sospechoso no es usted, siento decepcionarle.

—¿No? ¿Quién podría ser, entonces?

—Rufus Kilby.

—¿Rufus Kilby? —el estupor asomó al rostro de Wharton—. ¿El... el pobre contrahecho del depósito de cadáveres?

—El mismo.

—¿Habla en serio? Ese infeliz es totalmente inofensivo...

—Nadie es totalmente inofensivo aunque lo parezca, doctor —rectificó suavemente Peter—. Le aseguro que, de momento, Rufus es el sospechoso número uno. Tenemos un testigo del crimen que vio saltar del tren a un jorobado de enorme fealdad...

—Cielos... —Wharton se pasó una mano por el rostro, perplejo—. No tiene el menor sentido... Rufus...

—Doctor Wharton, lo cierto es que en Ipswich no sólo existe un crimen sin aclarar.

Están también otros tres que usted conocerá tan bien como todos...

—Si. Tres mujeres. Las víctimas de un degollador misterioso. ¿Cree que todo fue obra de la misma persona?

—Es lo razonable. Se usó la misma técnica. Sólo faltó la mutilación del cadáver.

—¿Y el sexo de las víctimas? —sugirió Wharton secamente.

—De acuerdo. También varía el sexo. Pero creemos que eso se explica fácilmente: el doctor Dogherty halló algo especial en la autopsia del último cadáver. Algo que no se decidió a revelar aquí, y que le condujo al tren de Londres, para denunciarlo a Scotland Yard. El asesino lo supo, le siguió y le silenció para siempre. Esa es nuestra teoría.

—¿Y qué pudo hallar Dogherty en esa autopsia, para provocar su muerte?

—Lo ignoramos. Por eso se va a proceder a un segundo examen de los restos de Shirley Parsons, que serán exhumados en breve por orden judicial. Esta vez, será usted quien practique la autopsia, doctor Wharton.

—Entiendo —los ojos huraños del médico se desviaron del rostro apacible del joven Rhodes, como si estuviera sumido en repentinas reflexiones—, ¿Está totalmente seguro de que eso puede aclarar las cosas?

—Sí, como imaginamos, en la autopsia inicial del cadáver de Shirley Parsons, está la razón que llevó al doctor Dogherty a Londres, es obvio que sí.

—Esa joven abortó recientemente, ¿lo sabía?

—Sí, doctor. No parece probable que estuviera de nuevo embarazada, si es eso lo que iba a sugerir.

—Bueno, después de todo, la pobre muchacha no tenía muy buena

fama. Si abortó fue porque alguien la forzó a ello. Estoy seguro. Había venido a mí consulta poco antes de ello, y me confesó que esperaba ilusionada a su hijo, por mucho que la ciudad la pusiera en la picota.

—Pero abortó. Como usted dice, alguien la forzó a ello, sin duda el padre de la criatura. ¿Le dijo ella quién era él?

—No hacía falta que lo dijera. Su nombre estaba en boca de todos. En estas ciudades pequeñas, todo se sabe, señor Rhodes.

—¿Mike Donovan?

—Yo no se lo mencioné. Ella no quiso confirmarlo, pero me pareció que tampoco pretendía negar nada.

—Hábleme de él. ¿Es hombre capaz de obligar a una muchacha a decidir algo así?

—Es capaz de muchas cosas peores, si hemos de atender lo que dicen de él.

—¿Incluso… de matar? —sugirió suavemente Peter Rhodes.

Wharton se sobresaltó ligeramente. Le miró con fijeza, arrugando el ceño. Luego se encogió de hombros.

—Eso es muy grave. No soy quién para responder a tal pregunta. Supongo que será misión suya averiguarlo.

—Lo es. Por eso estoy aquí ahora, doctor.

—Le deseo suerte, sinceramente. A todos nos aterra pensar que convivimos con un asesino, posiblemente un psicópata que tiene la obsesión de atacar a mujeres jóvenes y solitarias.

—¿Puede decirme algo de las otras dos víctimas?

—No sé gran cosa de ellas, salvo lo que he leído y he oído comentar. La primera, Molly Scott, había vivido varios escándalos en Ipswich. Pero a ella no parecía importarle demasiado. Recibía en su casa a hombres casados, según dicen. La segunda, Priscilla Blake, había sido cliente mía en una ocasión, por una enfermedad leve del tipo que ya puede usted imaginar.

—¿Venérea?

—Así es. Nada serio, por fortuna para ella. Sanó pronto y continuó viviendo demasiado alegremente.

—Parece que nuestro psicópata tiene preferencia por las mujeres poco honestas…

—Bien, doctor. Gracias por todo. De momento no le molestaré más. Espero que tras la autopsia podamos cambiar nuevamente impresiones…

—Estaré a su disposición, señor Rhodes —manifestó el médico.

Pero lo cierto es que, cuando abandonó el hospital, de regreso al centro urbano, Peter iba pensando que el doctor Wharton no había puesto demasiado entusiasmo en esas últimas palabras suyas.

Capítulo VII

Era una mansión realmente señorial, en una suave colina de las afueras de Ipswich. Edificación típicamente victoriana, jardines en torno y caballerizas vecinas a una amplia perrera donde ladraban ruidosamente los lebreles, listos para la caza.

Evidentemente, los Donovan eran exactamente lo que de ellos se decía: una familia rica y respetable. Aquella casa respiraba dinero, posición social y señorío. Sin embargo, el hijo de los Donovan no parecía encajar en aquel cuadro, dada su pésima fama.

Cuando lo tuvo ante si, tras pasar por un mayordomo, una doncella y un ama de llaves, comenzó a comprender bien cómo era el tal Mike Donovan.

Alto, delgado, pálido hasta la exageración, de facciones suaves y aristocráticas, que sin duda debían entusiasmar a las mujeres, lo mismo que su natural elegancia; tenía un gesto displicente, un aire de profundo desprecio hacia todos los demás. Su modo de andar, incluso en una bata de seda, con el pijama debajo, era arrogante, altanero. Sus negros ojos miraban con frialdad. Se peinaba con el cabello aplastado, y lucía patillas muy bien recortadas. Profundas ojeras formaban sombras oscuras en torno a sus ojos.

—Lamento recibirle de este modo, inspector Rhodes —manifestó con fría cortesía, tras estrechar tibiamente su mano—. Pero estaba descansando y…

—Sólo agente Rhodes —rectificó Peter con suavidad—. Por mí no se preocupe, señor Donovan. Sólo sentiría molestarle en mala hora y…

—No, no, nada de eso —rió el joven con gesto ambiguo—. Ya era hora de levantarse después de todo. Anoche estuve con unos amigos hasta tarde y… En fin, ya comprende. Soy joven y voy a casarme muy pronto. Hay que aprovechar el tiempo.

—Sí, ya comprendo —se expresó secamente Peter ahora—. ¿No le ha impresionado en exceso la muerte de Shirley Parsons?

Captó un tic rápido bajo su párpado derecho. Luego, pestañeó, le miró fríamente y hundió sus largas manos en los bolsillos de su bata de seda color granate oscuro.

—¿Por qué habría de impresionarme? —replicó con una áspera pregunta.

—Tenía entendido que hubo algo entre ustedes dos…

—Hay mucho mal nacido en esta ciudad, señor Rhodes. Se meten

en la vida privada de los demás sin el menor decoro. Mis asuntos de faldas son cosa mía nada más.

—La señorita Parsons fue asesinada, y eso convierte *ese* asunto con competencia también de Scotland Yard, señor Donovan — expuso Peter con frialdad.

—Toda mi relación con ella se limitó a un corto romance. Era chica nada honesta. Las mismas relaciones que tuvo conmigo las debió tener al menos con dos o tres docenas de hombres de Ipswich. ¿Entiende ahora?

—¿Eso significa que ella era… una prostituta?

—No exactamente —rectificó con cierta precipitación el joven—. Pero daba poca importancia a acostarse con un hombre, ésta es la verdad.

—Aun así, estuvo a punto de tener un hijo suyo, señor Donovan.

—¡Mentira! —sus blancas mejillas enrojecieron vivamente—. ¿Quién le dijo esa infamia?

—Casi todo el mundo —sonrió Rhodes—. También me han dicho que abortó por decisión de usted, señor Donovan.

—Otra miserable calumnia —masculló Mike Donovan con rabia contenida, brillándole amenazadoramente los ojos—. Si ha venido a insultarme a mí propia casa, señor Rhodes…

—He venido a hacerle algunas preguntas sobre esas jóvenes asesinadas, puesto que usted se relacionó con una de ellas —cortó fríamente Rhodes—. Después de abortar, alguien mató a Shirley Parsons y estoy dispuesto a averiguar quién fue, eso es todo.

—¿Acaso me acusa a mí de ese crimen?

—No acuso todavía a nadie. Pero sí puedo decirle que es usted el primer sospechoso de la lista.

—Eso es bochornoso —jadeó Donovan airadamente—. No tiene derecho a considerarme como tal. ¿Qué diablos tengo yo que ver con esos crímenes?

—¿Acaso tiene coartada para la noche en que mataron a Shirley Parsons?

—¿Cómo diablos quiere que la tenga? Salgo todas las noches, voy de un sitio a otro, sin fijarme en las horas… Unas veces juego, luego bebo, conozco a alguna chica… o deambulo por ahí, en mi carruaje, tomando unas copas aquí y allá. ¿Es eso una coartada?

—Si no puede demostrar que estuvo en algún sitio concreto, con testigos que lo corroboren, entre diez y media y doce y media de aquella noche, no —suspiró Rhodes, con una mirada firme en aquel rostro demacrado por una vida agitada y licenciosa a lo largo de muchas noches—. Ahora, le dejo, señor Donovan. Pero recuerde que, si compruebo de modo oficial que usted presionó a aquella joven a

abortar y además no posee coartada alguna para las noches de los diversos asesinatos, será el principal sospechoso sin remedio. Buenas tardes. Ha sido muy amable.

Abandonó la casa con aire tranquilo, dejando tras de sí a un inquieto y desasosegado Mike Donovan, que encendió un cigarrillo con mano ligeramente temblorosa, apenas el agente de Scotland Yard hubo desaparecido del living de la suntuosa mansión.

* * *

—Este maldito dolor de cabeza no va a terminar nunca —jadeó Mc Dougall, el cantinero escocés, frotándose las sienes con nerviosismo, tras servir una jarra a Archie Randolph, sentado en uno de los compartimentos de su *pub*, frente a una de las policromadas vidrieras del local—. Ya me dura dos días, por todos los diablos.

—Tómate algo o vete al médico —le aconsejó el propietario del principal almacén general de Ipswich, tomando un largo trago de la negra cerveza espumosa de su jarra—. Al pasar por la farmacia de Hopkins, vi que estaba aún abierta. ¿Por qué no te tomas al menos un par de aspirinas hasta que mañana te vea el doctor Wharton si sigues con esa molestia?

—Pséh… El doctor Wharton… No me gusta nada ese tipo —refunfuñó el escocés, meneando su pelirroja cabeza canosa con escepticismo—. Si viviera el bueno del doctor Dogherty al menos…

—Pero no vive. Y eso es lo que cuenta. A mí tampoco me resulta simpático el tal Wharton, pero es un buen médico. Mc Dougall…

Los ojos del comerciante estaban fijos ahora en algún punto, a espaldas del cantinero. Este giró la cabeza y sus hirsutas cejas se fruncieron al descubrir a Daisy agachada ante una mesa, recogiendo del suelo un cenicero, la forzada postura de su joven empleada obligaba a que los enormes y redondos senos de ésta asomaran en toda su turgencia por el descote de la blusa. Malhumorado, Mc Dougall se apartó de la mesa del comerciante y ordenó con tono desabrido a su sirvienta:

—Coge dinero y ve a la farmacia de Hopkins a que te dé algo para mi jaqueca, Daisy. Y ve deprisa, no vaya a cerrar.

—Como diga, señor Mc Dougall —suspiró ella de mala gana, incorporándose lentamente, con lo que los brillantes ojos de Randolph dejaron de contemplar el sabroso panorama de aquellos gigantescos pechos de mujer, vibrantes y macizos.

Fue tras la caja y tomó unas monedas, al tiempo que echaba una ojeada al exterior, tomando un chal de lana oscura de un colgador.

—La tarde se ha puesto fría —comentó, dirigiéndose a la salida—.

Me abrigaré por si acaso…

Abandonó la cantina con el campanilleo alegre de la puerta al ser accionada. Los dos hombres se quedaron solos en el establecimiento. Algo cohibido por haber sido sorprendido mirando a la fornida moza de quien se decía que era algo más que cantinera para el escocés, Randolph comentó con tono festivo:

—Qué, ¿ya te has enterado de la boda de mi hija Helen con el chico de los Donovan?

—Claro que sí —refunfuñó Mc Dougall sin volverse—. Lo que me pregunto es cómo el padre de una muchacha como Helen anda por ahí mirando las tetas de las mujeres. Pero ¿qué se puede esperar de un tipo que casa a su hija con un libertino como Mike Donovan?

—Oye, maldito escocés, si sigues ofendiéndome así, te voy a decir que… —comenzó Randolph, enrojeciendo de ira.

—Vete al diablo —farfulló agriamente el cantinero, dirigiéndose a la puerta situada al fondo del mostrador—. Voy a hacer unas cosas por ahí dentro. No tengo ganas de charlar contigo ahora.

Y dejó solo a su habitual cliente, en la mesa de la cantina desierta.

En el exterior, la tarde había oscurecido con rapidez, echándose la noche encima. Un viento frío barría las calles de Ipswich, procedente del mar, llenando una intensa humedad a sus calles mal alumbradas por las farolas de gas.

* * *

El viejo Hopkins cerró la farmacia apenas hubo salido Daisy de allí con las aspirinas para su patrón. Con su mirada fija en las poderosas nalgas de la muchacha, el farmacéutico suspiró, apagando las luces de su establecimiento y bajando los cierres tras las vidrieras.

La calle quedó algo más oscura sin la luz de la farmacia, pero Daisy no era una muchacha medrosa. Avanzó resueltamente, calle adelante, descendiendo la pendiente que conducía a la cantina. El viento arremolinó su cabello rizado y su chal de lana. La delgada tela de su blusa y falda se pegó a sus recias carnes robustas, por efecto del aire. Apresuró el paso, decidida, bajando la cabeza para no recibir él soplo húmedo en pleno rostro.

De repente, dio un respingo y estuvo a punto de gritar. Una sombra humana había aparecido ante ella, en la esquina inmediata. Se paró en seco, asustada. Pero su rostro se serenó cuando la luz de la farola se proyectó sobre el rostro conocido de aquella persona envuelta en una oscura capa larga.

—Ah, eres tú… —dijo con un suspiro de alivio, iniciando una sonrisa—. Por un momento pensé…

—¿Qué? —sonrió a su vez la otra persona.

—Que eras tú el asesino de mujeres y yo la nueva víctima… — rió nerviosamente mirando a su interlocutor con coquetería. De modo instintivo, adelantó su torso, realzando aún más la prominencia de sus senos. Los ojos de su interlocutor, bajo el ala de un sombrero de copa alta, se clavaron en aquellas formas suntuosas.

—Ya ves que no —dijo con suavidad en un murmullo, adelantando sus manos, que aferraron aquellos grandes pechos por encima de la blusa, hincando los dedos en la recia carne—. ¿Puedo ir contigo hasta la cantina?

—No, no. No sería prudente que nos vieran juntos —rechazó Daisy preocupada, riendo excitada al sentir el contacto de aquellas manos ávidas—. Ya nos veremos en otro momento. Estoy deseando que compartamos de nuevo unas horas…

—Yo también. Hay algo en ti que me atrae profundamente, querida. Vamos, caminemos al menos unos pasos juntos. Eso será más seguro para ti, Daisy. Después de todo, existe un asesino que anda suelto.

—Sí, eso es cierto —musitó la moza, echando a andar con su interlocutor cogido de su mano, amorosamente los dos juntos por la acera, en la zona de la sombra de la calle.

Se sentía ahora mucho más segura en aquella compañía, de quien nada malo podía esperar. Cuando, unos pasos más allá, su pareja la introdujo de un suave empujón en un portal sombrío, trató de protestar pero débilmente, sospechando los motivos que tenía su acompañante para buscar aquella cómplice oscuridad.

Y así fue. Las manos volvieron a recorrer sus formas, su cuerpo todo, acariciando sus nalgas y sus muslos suavemente. La cantinera gimió, entornando los ojos, estremecida.

—Querida Daisy… —susurró la voz junto a su oído, mientras las manos subían de nuevo, lentamente, hasta recorrer toda la abundancia voluptuosa de sus pechos, para llegar finalmente a su cuello—. Cuando volvamos a vernos en otro sitio más adecuado que éste, te daré la misma cantidad de dinero que la otra vez. Supongo que no habrás contado a nadie lo nuestro…

—Cielos, no, cariño, ¿cómo iba a hacerlo? —musitó embelesada por aquellas caricias y por la proximidad de la otra figura humana la rolliza cantinera—. Nadie sabe nada…

—Mejor, Daisy, mi amor —dijo la voz roncamente—. Mucho mejor así…

Y antes de que la cantinera pudiese imaginar algo o intentar cualquier cosa para impedirlo, una de aquellas manos se apartó momentáneamente de su cuello para regresar a él con rapidez…

manejando algo frío y cortante, que se clavó en su garganta y segó ésta de oreja a oreja con precisión y limpieza increíbles.

Un ronco estertor escapó de labios de la moza, amordazada en ese momento por la segunda mano de su acompañante. Un raudal de sangre escapó violentamente del cuello hendido y de la boca de la muchacha. Su cuerpo se agitó, en un esfuerzo titánico por escapar a una muerte que ya estaba dentro de él de forma irremisible. El asesino la soltó.

Apenas pudo dar dos pasos antes de desplomarse de bruces contra el empedrado, no lejos de la zona de claridad de una farola. Allí se quedó, pateando espasmódicamente durante unos segundos. La sangre corría por las piedras en regueros múltiples.

El asesino se inclinó, desgarrando en parte la blusa de la víctima. El afilado cuchillo segó limpiamente un grueso pecho de la agonizante, que pasó a una bolsa de negra tela que portaba bajo su amplia capa. La hemorragia se incrementó con esa espantosa mutilación. Luego, las pisadas del criminal se perdieron en la noche, mientras unos labios crueles emitían una breve, sibilante risita de complacencia.

* * *

La palas se hundieron en la tierra blanda. Esta crujió, empezando a ser apartada en un montón, junto a la fosa.

La noche resultaba tétrica en el cementerio de Ipswich, pese a las farolas de petróleo y aceite que portaban los presentes en la ceremonia fúnebre de la exhumación. El viento frío y húmedo agitaba la hierba y los árboles del camposanto, con un rumor de sonidos susurrantes que parecían venir de debajo de aquellas lápidas y cruces.

—Los muertos parecen lamentarse de nuestra profanación —comentó el constable Jackson con tono supersticioso, mirando en torno, bien arrebujado en su capote de uniforme.

—No sabía que fuera tan impresionable —sonrió Peter Rhodes, la mirada fija en los dos sepultureros que procedían a la exhumación, en presencia de los dos policías y del juez Hoggart.

—Si esto fuese a pleno día, serla distinto. Pero de noche, con este viento…

—Ha sido culpa del juez, a fin de cuentas. Si hubiese vuelto antes a Ipswich…

—El juez Hoggart siempre es igual —farfulló Jackson malhumorado—. Nunca tiene prisa para nada. Pero una exhumación en plena noche no es precisamente una fiesta…

—Nadie esperaba que lo fuese, constable —rió entre dientes

Rhodes—. Pero los muertos no se oponen nunca a nada. Y menos a algo que sólo podría servir para hacer justicia a uno de ellos…

Siguió la ceremonia en medio de un silencio tenso, sólo roto por el golpeteo de las palas, el crujido de la tierra, y el murmullo de la hojarasca y los arbustos agitados por el viento marino. La noche traía a ellos incluso el rumor del oleaje, batiendo contra los acantilados de la costa.

Finalmente, uno de los sepultureros resopló descansando un momento, apoyado en su pala.

—Ahí está el féretro —dijo—. Terminaremos en un momento.

El juez asintió, ceñudo. Parecía gustarle aquello tan poco como al constable.

Tras la breve pausa, durante la cual enjugaron los sepultureros el sudor de sus rostros, prosiguió la tarea, que duró ya escasos minutos.

Con unas cuerdas, subieron hábilmente el féretro a la superficie. Peter lo observó, pensativo. Era una sencilla caja oblonga, de color negro, de madera de escasa calidad, que la tierra había resquebrajado ya por varios sitios. Evidentemente, la pobre Shirley Parsons no disponía de mucho dinero para su entierro.

—Procedan —pidió solemnemente el juez—. Abran el ataúd, en nombre de la ley.

Los sepultureros asintieron. Uno de ellos manipuló los cierres con facilidad. La tapa quedó abierta. Los dos hombres se apartaron, respetuosos.

—Ya pueden abrirlo ustedes mismos —dijo uno de ellos al juez.

—Bien. Adelante, señor Jackson —dispuso el juez, renunciando a tan dudoso honor en la persona del constable.

Este tragó saliva, dirigiendo una mirada casi patética a Peter, y luego pasó el encargo a su fiel ayudante, el agente Daniels, que asistía en silencio a la exhumación.

—Usted mismo, Daniels —ordenó—. Ábralo, por favor.

El agente puso cara de haber recibido una patada en el hígado. Pero era un subordinado respetuoso con sus superiores, y afirmó, yendo al féretro.

—Sí, señor —dijo, antes de levantar la tapa del mismo con manos crispadas.

Se apartó, sin mirar adentro, como si aquello quemase.

Se inclinaron todos ahora sobre el ataúd de Shirley Parsons, la tercera víctima del misterioso asesino.

Una imprecación brotó de sus labios a coro. Miradas de estupor e incredulidad se cruzaron sobre la abierta fosa y su lúgubre contenido.

—¡Vacía! —rugió el juez Hoggart.

—Vacía… —repitió, como un eco. Daniels.

—Dios mío —farfulló Jackson, palideciendo—, *¿dónde* está el cadáver?

Peter Rhodes no dijo nada. Estaba contemplando fijamente las piedras que formaban el auténtico contenido de aquel ataúd donde se suponía que tenía que estar sepultada la víctima del asesino.

Desde la puerta del cementerio, una voz llamó, trémula:

—¡Pronto, constable Jackson! ¡Se ha cometido otro asesinato! ¡Venga pronto! ¡Esta vez se trata de Daisy Turner, la cantinera!

Capítulo VIII

—Igual que todas… Y esta vez, la mutilación fue un seno…

La tela cayó piadosa sobre el cadáver de Daisy Turner, volcado encima de un charco de sangre que se extendía en cien regueros delgados por el empedrado de la calle en pendiente.

Los ojos de Rhodes se fijaron en el lloroso cantinero Mc Dougall, a quien consolaba en vano el agente Daniels. Algunos curiosos formaban corro en el lugar. Algo más apartado, un hombre fornido, de pelo negro y mirada sombría, contemplaba con gesto de dolor el cuerpo de la víctima.

—Dios mío, si no la hubiera enviado a por aspirinas… Mi pobre Daisy… —jadeaba Mc Dougall, entre sollozos.

—No se reproche nada —le interrumpió amablemente Jackson—. Hubiera sucedido otra vez cualquiera si el criminal tenía puestos sus ojos en Daisy, Mc Dougall…

—¿Hay señales de violencia en ella, constable? —preguntó el hombre moreno.

—No, señor Randolph —negó Jackson—. Ninguna, si se refiere a violencia sexual.

—Sí, a eso me refería —murmuró el comerciante.

—Randolph… —murmuró Rhodes al oído de Jackson—. ¿Es ése el futuro suegro de Mike Donovan?

—Sí, el mismo. Estaba en la cantina de Mc Dougall cuando mataron a la chica, según parece. Es un cliente habitual. Y parece que le gustaba mucho Daisy. Demasiado, sin duda, para que el escocés no lo notara, pero nunca se pelearon por eso…

En este momento, acaso para desmentir la afirmación de Jackson, Mc Dougall se apartó de Daniels, dejando de sollozar, para dirigir sus ojos enrojecidos a Randolph, y espetarle con rabia:

—¡Estoy seguro de que tú lo hiciste, sucio bastardo!

—Pero ¿qué estás diciendo? —el rostro de Randolph mostró su asombro—, ¿A qué te refieres?

—Sabes bien a lo que me refiero… La devorabas con los ojos. Viste sus pechos esta noche… y no pudiste soportarlo más. Saliste tras ella, la asesinaste, quizás porque no se dejó seducir por ti, hijo de perra…

—¡Mc Dougall! —rugió Randolph, airado, palideciendo intensamente—. ¿Te has vuelto loco acaso? Esa acusación no tiene sentido… Yo estaba en tu cantina cuando la enviaste a comprar

aspirinas… y fuiste *tú* quien de inmediato salió por la puerta trasera de tu cantina para no volver en mucho rato. Todo el mundo sabe que tu trastienda tiene una salida al callejón…

—Escucha, cerdo —farfulló el escocés, yendo hacia el comerciante —, Volví pronto de la trastienda… ¡y tú eras el que no estaba en la mesa donde te dejé bebiendo cerveza! ¿Adónde fuiste mientras yo estaba atrás? ¿A matar a Daisy, a intentar poseerla, ciego de sucios deseos?

—¡Solamente fui al lavabo un momento! ¡Si hubieras mirado allí, me hubieras encontrado! Yo oí, sin embargo, la campanilla, cuando tú salías… o entrabas.

—Asomé a ver si habías salido para esperar a Daisy fuera. Tus ojos, al mirarle los pechos fueron muy elocuentes esta noche… Vas a dar a tu hija un marido digno del padre que tiene, no hay duda. ¡Sólo que tú, además de crápula, eres un asesino!

—Ya basta —cortó Jackson, interponiéndose entre ambos y sujetando a Randolph, mientras su subordinado hacía lo mismo con Mc Dougall—. Se acabó esta discusión. Ustedes dos tendrán que explicarnos a nosotros sus idas y venidas esta noche, mientras Daisy estaba fuera, pero no quiero peleas estúpidas en mi presencia. Usted tiene una hija, Randolph, aunque no una mujer a quien respetar. Y usted, Mc Dougall, si era para Daisy algo más que un simple patrón, es asunto estrictamente suyo, mientras esa relación no naya conducido a un crimen. Es todo. Daniels, lleve a Mc Dougall a la cantina. Rhodes y yo iremos de inmediato a interrogarle. Usted, Randolph, venga con nosotros al cuartelillo.

Allí charlaremos con más calma.

—¿Acaso me detienen por las acusaciones demenciales de ese idiota? —bramó Randolph.

—Nadie está detenido… todavía —se irritó Jackson, con tono airado—. Sólo quiero poner en claro los movimientos de ambos y sus respectivas coartadas, es todo. Este asunto empieza a complicarse demasiado, y estoy desenado llegar a alguna parte, sea como sea. ¿Viene con nosotros, Rhodes, o prefiere quedarse con Mc Dougall?

—Sí, creo que iré a la cantina primero, mientras ustedes charlan en el cuartelillo — suspiró el joven policía londinense—. Con todo ese ajetreo, tengo la boca seca. No me vendrá mal una cerveza.

—Diablo, Rhodes, me gustaría ser como usted —confesó admirado Jackson—. ¿Está hecho de hielo, acaso?

—Todos los policías tenemos que estar hechos de una parte de hielo, si Queremos mantener fría nuestra mente, constable — sonrió Rhodes, encaminándose tras de Mc Dougall y Daniels, hacia la cantina.

* * *

Verity Harrod abrió enormemente sus ojos, dejando de sorber el té con leche de su desayuno, cuando sus ojos se fijaron en la columna «última edición», del diario local, el *Ipswich News.*

—Cielos, no… —susurró—. Otra vez…

La noticia, insertada sin duda a última hora, con la edición a punto de salir a la calle, ofrecía dos facetas distintas, pero complementarias entre sí:

> «Fallida exhumación de los restos de Shirley Parsons. El cadáver no estaba en el ataúd, ocupado en cambio por varias piedras que correspondían al peso aproximado de un cuerpo humano. Se ignora el paradero del cuerpo y los motivos de tal desaparición.»
>
> «¡Cuarto asesinato del degollador loco!
>
> Daisy Turner, cantinera de un local situado en el barrio obrero del norte de la ciudad, aparece degollada en plena calle, y con un seno mutilado. La policía, desconcertada, se ve impotente para frenar al asesino.»

Terminó su desayuno en ese mismo momento. Se le habla ido el apetito apenas puso sus ojos en esas dos informaciones de urgencia.

Decidida a acelerar sus pesquisas, salió a la calle, echando al correo el primer artículo que había escrito sobre los comadreos de la ciudad de Ipswich. Fue a ver a la enfermera Hartfield, que la recibió con gesto preocupado. También ella conocía las noticias, pero no todo su aire sombrío se debía a eso. El doctor Wharton la había requerido ya para incorporarse a su servicio, en su consultorio de la ciudad, y estaba recogiendo los ficheros y archivo del doctor Dogherty a toda prisa.

—Mi querida amiga, como verá esta ciudad parece estar endemoniada —le dijo, tras referirle lo que se comentaba excitadamente en las calles—. Ahora no puedo acompañarla para presentarla a nadie, porque bastante trabajo tengo con trasladar todo esto a la nueva consulta para que el doctor Wharton se ocupe de los pacientes que dejó el doctor Dogherty y examine sus historiales clínicos. Pero le daré una tarjeta de presentación para la Junta de Damas de la Ciudad, que preside la señorita Barrington, y otra para Cheryl Wharton, escritas de mi puño y letra.

—Es usted muy amable conmigo, señorita Hartfield.

—Por favor, llámeme Abigail. O Abby, si lo prefiere así. Después

de todo, vamos a ser buenas amigas, ¿no es cierto?

—sonrió, ausentándose para reparar aquellas tarjetas de presentación.

Verity se encontró en la consulta a punto de evacuación, rodeada de ficheros, archivadores y montones de carpetas y legajos repletos de papeles. Una súbita y malsana curiosidad de periodista y de mujer la asaltó.

Recordó los nombres de las cuatro víctimas: Molly Scott, Priscilla Blake, Shirley Parsons… y ahora Daisy Turner. Tenía que buscar las letras S, B, P y T en el archivo médico del doctor Dogherty.

Pensarlo y hacerlo fue todo uno. Comenzó a remover las cajas repletas de cartulinas con el historial clínico de cada paciente que pasara por aquella consulta.

Resultó inicialmente. En la letra S, figuraba Molly Scott. En la B., Priscilla Blake. Ambas tratadas de dolencias poco claras, según pudo colegir: fiebres frecuentes, neuralgias, escalofríos, accesos de depresión intensa… No había diagnóstico concreto.

Pasó a la letra P. Cuando veía el nombre de Shirley Parsons en la cartulina, oyó el taconeo de la enfermera que regresaba. Rápida, cerró el cajón y se apartó, fingiendo mirar a la calle por una ventana.

—Aquí está —dijo Abigail Hartfield con cordialidad, tendiéndole dos tarjetas de visita escritas de su puño y letra—. Será bien recibida, estoy segura de ello.

—No sé cómo agradecerle… —comenzó Verity.

—Vamos, vamos, querida —sonrió la enfermera, poniendo una mano afectuosa en el hombro de la joven periodista—. Vamos a luchar en lo mismo, después de todo. No deje de visitarme en la consulta nueva, la del doctor Wharton. Encontrará las señas en el hotel, sin dificultad alguna.

—Así lo haré en cuanto haya visto a estas dos mujeres —prometió Verity, encaminándose a la salida.

Pasó por alto su visita a la presidente de la Junta de Damas de la Ciudad. Y se fue a ver a Cheryl Wharton, la sufrida esposa del doctor Nicholas Wharton.

* * *

El doctor Wharton tenía su residencia privada a bastante distancia de su consulta urbana, en el camino al hospital que dirigía en las afueras de Ipswich. Era una edificación de ladrillos rojos, con jardincillo, y varias chimeneas en su tejado gris de pizarra.

Una sirvienta de edad madura le abrió la puerta y, en principio, pareció dispuesta a negar que su señora estuviese en casa. Pero

cuando Verity le explicaba con su más persuasiva eficacia verbal la clase de tarea evangélica y social que llevaba como estandarte, bajo su falsa identidad de Ana Parker, y hacía hincapié en que la enfermera Hartfield era quien la enviaba, una figura de mujer fue visible fugazmente en un espejo, allá tras una puerta entornada, y una voz serena terció en la intentona:

—Está bien, Sue. Deje entrar a la señorita. La concederé unos minutos, no muchos. ¿Le satisface eso, señorita…?

—Parker —sonrió angelicalmente Verity, adentrándose en la casa ante el hosco gesto de la criada—. Por supuesto, señora, me bastarán cinco minutos para exponerle los motivos de mi visita…

Una dama majestuosa, madura pero aún hermosa y llena de seducción física, apareció en la puerta de una biblioteca, a juzgar por lo que era visible por la puerta entornada. Alta, sobria, vestida con un atavío de raso azul oscuro, collar de perlas y un descote que realzaba la tersura marmórea de su cuello y torso, todavía con atractivos suficientes para cualquier hombre, mostraba una belleza ligeramente ajada, todavía con brillo juvenil en sus ojos color jade, labios carnosos y expresión algo altiva.

—Pase, señorita Parker, por favor —invitó suavemente—. Me pareció oírle hablar de una Asociación Cristiana para la Mujer, basada en los derechos de igualdad femenina, lucha activa contra la discriminación y una mezcla de feminismo y de fe religiosa para alcanzar nuestros objetivos…

—Así es, señora Wharton —asintió Verity dulcemente—. La enfermera Hartfield se ha mostrado entusiasmada con nuestra doctrina, y va a colaborar con todo su entusiasmo. También debo visitar a la señorita Barrington, de la Junta de Damas…

—Me parece muy interesante su tarea de apostolado —suspiró la señora Wharton con voz agradable y cultivada—.

Cuente en principio con mi ayuda incondicional. ¿Qué debo hacer, en realidad? ¿Aportar alguna suma inicial, contribuir a…?

—No, no. Nada de dinero, señora. Nuestra acción no es meramente lucrativa ni precisa otra ayuda que el propio esfuerzo. Al principio, nada de dinero. Contamos con medios económicos en Londres, y lo que cuenta es el apoyo moral, el número de asociadas, no la recaudación de fondos, como hacen muchas sectas aprovechadas hoy en día.

—Acaba de convencerme casi del todo, querida —sonrió la dama —. Una misión que no exige donativos previos, no puede ser ninguna estafa ni ninguna farsa. Venga en otro momento, cuando guste, y discutiremos el asunto con mayor amplitud. ¿Qué le parece, por ejemplo, si viene mañana a cenar conmigo? Mi esposo tiene guardia

en el hospital toda la noche, y podremos hablar de los problemas de la mujer sin cortapisas de ninguna clase.

Cuando Verity iba a responder afirmativamente a esa sugerencia, algo le hizo agudizar el oído con curiosidad. Un cuchicheo en el vestíbulo, seguido por una breve carrera de alguien, escaleras arriba, precedió a la aparición de la sirvienta llamada Sue que, con cierta agitación, informó a su anfitriona:

—Señora, el señor viene hacia la casa. Ha debido cambiar de idea y regresa antes de lo previsto, durante el cambio de consulta del doctor Dogherty…

Todo ello no parecía ofrecer significado por sí solo, pero la ostensible agitación que apareció momentáneamente en el rostro de la dama, al mismo tiempo que su doméstica le dirigía una significativa mirada tranquilizadora, dieron a la situación un aire distinto.

—Está bien, Sue, gracias —dijo, procurando mantener la compostura, con su voz más serena, la señora Wharton. Y, sin embargo, Verity captó en ella un leve temblor—. ¿Puede disculparme, querida señorita Parker? Ya disponía de escaso tiempo, pero el prematuro regreso de mi marido, me impide concederle un solo minuto más…

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró a afirmar la joven periodista, dirigiéndose a la salida de la biblioteca—. No tiene que disculparse. Vendré mañana.

—Sí, por favor. A las siete en punto, amiga mía. La estaré esperando —sonrió con su más radiante expresión la esposa del médico, siguiéndola hasta el vestíbulo, no sin dirigir una preocupada ojeada a la escalera del fondo, donde Verity nada descubrió de especial.

Verity se despidió cortésmente, y apenas salió a la calle, mientras un hombre fornido, de rostro huraño y aire meditativo cruzaba la calle, apoyándose en un bastón de puño de hueso, corrió a rodear el edificio, presa de una corazonada insistente.

Llegó justo a tiempo. En una callejuela lateral del edificio, a la que daba una tapia con arbustos de un jardín interior emergiendo por encima, un hombre subía con celeridad a un carruaje de caballos, que arrancó enseguida, alejándose por el suelo empedrado. Verity dirigió una mirada casi desesperada a una cercana parada de coches de punto.

Subió a uno de ellos y le indicó, señalando al otro carruaje en la distancia:

—¡Sígalo pronto! Habrá una guinea de propina para usted si no le pierde de vista.

El cochero, asombrado, miró a aquella mujer de lentes, pelo

estirado y ropas grises y severas, sorprendido por su impulsividad, pero se apresuró a partir a buen trote, manteniéndose a prudencial distancia del coche que se alejaba calle abajo.

La carrera duró cosa de diez o doce minutos, recorriendo diversas calles y plazuelas apacibles de la ciudad costera e industrial. Finalmente, el coche perseguido se detuvo ante un edificio del centro urbano, sólido y de oscuros muros, con una amplia tienda en sus bajos, destinada a la venta de los más heterogéneos artículos.

Del carruaje descendió el mismo hombre a quien viera saltar desde la tapia de los Wharton. Era alto, joven y vestía de oscuro. Entró con rapidez por una puerta inmediata a la tienda. Puerta que se cerró de inmediato tras él. Verity estudió el lugar, pensativa, mientras el cochero frenaba el vehículo y la miraba, expectante.

—¿Sabe usted quién vive en ese edificio? —indagó la joven.

—Por supuesto —sonrió el cochero bajo sus atusados bigotes—. Los Randolph, padre e hija.

—Ya. Supongo que no sabrá quién es el caballero que acaba de entrar, a quien hemos seguido…

—¿Cómo no iba a saberlo? —rió el cochero—. Todo Ipswich le conoce, señorita. Es el joven Mike Donovan, futuro marido de la señorita Randolph…

Verity no dijo nada. Pagó la carrera y la guinea de propina, que el hombre acogió quitándose el sombrero respetuosamente. La joven periodista fue hacia la casa, resueltamente.

Iba a llamar, cuando un hombre salió de la tienda de abajo como una centella, abrió la puerta de la casa con llave y entró impetuosamente, sin cerrar siquiera la misma. Verity aprovechó la ocasión de oro para meterse con audacia tras el desconocido.

Fue muy oportuna su maniobra, porque los personajes del drama estaban todos en la amplia escalera del fondo, y una doncella huía con rapidez, quizás para no estar presente en un duro enfrentamiento familiar.

El recién llegado y una bella y rubia muchacha vestida con elegante sencillez, aparecían en la escalera, con las manos cogidas. El hombre de la tienda, enrojecida su faz y con gesto descompuesto, bramaba, señalando al joven Donovan con dedo tembloroso:

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo osas aún pisar esta casa, maldito libertino, después de lo que ha sucedido?

—¿Y se puede saber, querido suegro, qué es lo que sucedió? —preguntó el joven con toda tranquilidad.

—¡No voy a ser tu suegro jamás! —clamó el hombre, congestionado—. ¡Jamás, vicioso miserable y vil! ¡No toleraré que mi hija caiga en manos tan ruines! ¡Antes la vería muerta, hijo de

Satanás!

—Por favor, señor Randolph, está portándose como en un melodrama —suspiró Donovan con sorprendente cinismo, dibujando una sonrisa despectiva en sus delgados labios.

—Papá, por el amor de Dios, ¿a qué viene ahora esta escena? —se lamentó la joven Helen Randolph con tono entre amargado y humillado.

—Tú no sabes nada de ese monstruo abominable que te corteja. Desconoces la clase de depravado individuo que iba a permitir que fuese tu esposo, para desgracia tuya y mía.

—Escuche, viejo chiflado, ¿quién se ha creído que es para insultarme a mí de ese modo? —reaccionó altaneramente Mike Donovan, encarándose con el padre de su novia—. Usted es el menos indicado para acusar a nadie de nada, anciano pervertido.

—¡Mike! —sollozó ella, asombrada—. Te ruego que no ofendas así a mí padre…

—¡Fuera! ¡Fuera de esta casa honrada, miserable rufián! —bramó Randolph, a punto de agredir a su futuro yerno—. ¡No deseo verte más! ¿Es que no es suficiente razón saber que has tenido como amantes a rameras como Shirley Parsons o esa cantinera asesinada anoche, Daisy Turner? Son cosas que todo el mundo sabe en Ipswich, desgraciado…

—Mucho tardó en enterarse de ciertas cosas — bostezó Donovan, displicente—. ¿O es que esta vez siente celos porque supone que yo me acosté con esa cantinera que tanto deseaba usted poseer y a quien se comía con la mirada hasta el punto de que el viejo Mc Dougall, estaba dispuesto a romperle la cara en cualquier ocasión? Es un viejo borracho que iba a esa infecta cantina a beber y a gozar con la contemplación de una mujer que no podía ser suya…

—Miserable… —jadeó Randolph—. Ni tus padres quieren nada contigo. Van a desheredarte, lo he sabido hoy. Por eso buscabas nuestro dinero…

—Y ustedes buscaban nuestro prestigio social, hacer de su hija una Donovan, viejo mamarracho mujeriego —se mofó Donovan cruelmente con una carcajada—. Si me voy de esta casa, será para siempre, piénsenlo bien los dos.

—Mike, por el amor de Dios… — gimió la joven, desolada.

—Déjale, hija. Deja que se vaya. Perderás un marido jugador, borrachín, mujeriego y enfermizo a causa de sus orgías vergonzosas… ¡Fuera, Donovan, fuera de aquí, pronto, o no respondo de mí!

—No valía la pena que se pusiera tan digno porque yo me acostara un día con esa fulana cantinera que tanto deseaba usted… Ella, igual que Shirley Parsons, no eran en realidad sino unas redomadas

lesbianas. Esa era su auténtica vocación sexual, Randolph… Ni usted, ni yo, ni ningún otro hombre en el mundo hubiera sido capaz de complacerlas jamás… Pero si le ha gustado representar ese drama, allá usted… y allá Helen, que es quien más sufrirá las consecuencias. Hasta nunca a los dos.

—Mike… —sollozó Helen—. Vuelve, por el amor de Dios, cariño…

El ni siquiera le hizo caso. La miró fría, altaneramente, y abrió la puerta para abandonar la casa.

—Michael Donovan, dése preso en nombre de la Ley, acusado de sospecha de asesinato en primer grado —dijo la helada voz oficial, apenas hubo traspuesto Donovan el umbral de la entrada.

Los Randolph dirigieron una mirada de profundo estupor hacia la puerta, donde el constable Jackson estaba esposando ya al joven juerguista con la ayuda del agente Daniels. Donovan, mortalmente lívido, miraba a los policías como si no comprendiera nada de todo aquello.

—Pero ¿es que se han vuelto locos? —jadeó Donovan—. ¿A quién me acusan de haber matado?

—De momento, a Shirley Parsons. Tal vez también a Daisy Turner y a las demás. E incluso al doctor Dogherty…

—¡Eso no tiene sentido! ¡Es un puro disparate! ¡Yo no he matado a nadie!

—Ya lo explicará ante el juez, señor Donovan —dijo gravemente Jackson—. Ahora acompáñenos. No hay nadie que le haya podido confirmar su coartada esas dos noches. Posiblemente tampoco cuando mataron a Molly Scott y Priscilla Blake. Pero, por si todo eso fuera poco, esto se halló en un registro de su casa ahora mismo —completó el constable, mostrando algo en su mano con gesto glacial.

Verity pestañeó, contemplando aquel revelador cartoncillo. Era un billete de tren Ipswich Londres, ida y vuelta…

Se llevaron a Donovan hacia un carruaje policial detenido cerca de la casa. Archie Randolph pareció fijarse por vez primera en la presencia de aquella desconocida de aire puritano y místico. La estudió perplejo. De sus labios brotó una hosca pregunta:

—¿Puede saberse quién es usted y qué hace aquí, señorita? —demandó.

Verity miró al comerciante. Luego, a la joven Helen, con femenina simpatía. Y suspiró confesando levemente:

—Vine siguiendo al señor Donovan desde la casa de otra mujer, donde casi fue sorprendido por el marido de ella hace unos minutos… Lamento darle este nuevo disgusto, querida mía, pero su padre tuvo razón, fuesen cuales fuesen los motivos de su ira hacia ese joven sin moral. Sospecho que, entre otras aventuras amorosas, Mike Donovan

tiene relaciones íntimas con la esposa del doctor Wharton… Créame, señorita Randolph, usted iba a ser muy desgraciada con un hombre así… Déle gracias a su padre por salvarla de semejante porvenir.

Helen, con un sollozo, se abrazó a su padre, que la acogió emocionado contra sí. Miró a Verity por encima del hombro de la muchacha, con ojos húmedos y tiernos.

—Ni siquiera sé quién es usted, señorita, pero gracias. Gracias por abrirle los ojos a mí hija… Después de todo, ¿qué podía esperarse de un asesino sanguinario?

—¿Asesino? —Verity Harrod enarcó sus cejas, dubitativa—. Eso, no sé, señor Randolph. Posiblemente ese joven crápula sea muchas cosas, pero asesino… Algo me dice que no, que la policía se equivoca en eso.

Y salió a la calle, sin añadir más, mientras padre e hija seguían abrazados. Al otro lado, en la acera, vio a Donovan siendo introducido en un coche oficial por el constable Jackson y el agente Daniels.

Pero su mayor sobresalto fue al descubrir quién era el joven policía que asomaba del carruaje oficial, mirando con ojos pensativos al sospechoso de asesinato.

—¡Cielos! ¡El joven policía de Scotland Yard! —murmuró ella—. Peter Rhodes… Fue él la persona encargada de este caso, precisamente. Si me ve, me reconocerá, no hay duda…

Bajó la cabeza y, rápidamente, regresó al hotel procurando no ser vista por el policía a quien conociera en Londres.

Capítulo IX

La tarde se nubló pronto, oscureciéndose las calles de Ipswich con rapidez. El cielo adquirió un denso tono plomizo, y la lluvia comenzó a tamborilear en los vidrios. Los peatones apresuraron su camino hacia casa, los obreros que salían de las fábricas se entretuvieron menos de lo habitual en las cantinas para arribar al hogar antes de que arreciase la lluvia y las calles fuesen un torrente, y las luces de gas tuvieron que encenderse a las tres y media de la tarde, tal era la oscuridad en las calles.

Eso, unido a la psicosis de terror en que vivía la ciudad, especialmente desde el asesinato de Daisy Turner, dejaría pronto las calles vacías, fundamentalmente en lo relativo a representantes del sexo femenino. Aunque también los peatones masculinos eran escasos cuando arreció la lluvia, encerrándose en sus casas o en los *pubs* a beber cerveza y olvidarse del clima de terror que reinaba en la industriosa ciudad costera.

Algunas personas contemplaban al mismo tiempo esa lluvia que corría por los cristales con creciente intensidad, mientras sus pensamientos vagaban en torno a acontecimientos bien ajenos a ese incesante rodar de los regueros de agua sobre los vidrios teñidos por la luz sombría y gris de aquella tarde tenebrosa.

Una de esas personas era el agente de Scotland Yard Peter Rhodes, del Departamento de Detectives, ceñudo y reflexivo, dándole vueltas a la decisión de su colega Jackson de arrestar a Donovan como sospechoso de asesinato, así como a otros detalles del caso que tenía entre manos. Como un ataúd vacío, un cadáver desaparecido…

Otra persona era Verity Harrod, periodista de un semanario sensacionalista editado en Londres por una empresa que no practicaba la discriminación de sexos en lo laboral. También ella pensaba en el arresto de Donovan, en las cuatro muertes y el historial humano y clínico de las mujeres asesinadas, en la nueva faceta de la señora Wharton, no tan «victima» como la presentaba la voz popular, incluida la de la chismosa enfermera Hartfield. El hecho de que Donovan estuviera en su casa en ausencia del marido, podía significar que la esposa del médico correspondía a las infidelidades de éste con las suyas propias. Extraña gente la de Ipswich, pensó Verity. Extraña gente la de la Inglaterra victoriana, tan rígida y severa en sus códigos de moral… y tan depravada tras esa máscara de falso puritanismo.

En otro punto de la ciudad, unos ojos fríos y calculadores miraban

con expresión preocupada el deslizar de la lluvia en las ventanas. Eran ojos crueles y malignos, ojos de persona incapaz de echarse atrás ante nada.

Eran los ojos de un asesino, reflejando los siniestros pensamientos de su propietario…

Y entretanto, el constable Jackson leía una nota que le había dejado en la oficina del cuartelillo policial el propio doctor Wharton aquel mediodía, donde le indicaba con su letra de trazo brusco y enérgico:

> «Esta tarde haré la autopsia del cadáver de Daisy Turner. No quiero correr el riesgo de que nos roben esta vez el cadáver de la Morgue. Empiezo a pensar que su amigo de Londres tenía razón. En la autopsia, está la razón del asesinato del doctor Dogherty… y quizás de todo este horrible asunto: Wharton, M.D.»

Minutos más tarde, justamente a las cuatro y diez de aquella tarde, cuando ya la visibilidad era virtualmente nula en las calles de Ipswich, las luces de gas de la Morgue se encendieron.

La sombra contrahecha y grotesca de Rufus Kilby se proyectó en los muros como una extraña forma de vida, siniestra y amenazadora. Su rostro de horrible gárgola viviente flotó entre las luces y sombras amarillentas del lúgubre recinto, preparando las cosas para la autopsia. Sobre una mesa de mármol, yacía el cuerpo desnudo y ensangrentado de Daisy Turner, con su seno cortado, con sus carnes macizas convertidas en fría cera humana, rígida y estremecedora. Los ojos vidriosos, que nadie se había molestado en cerrar, miraban a la bóveda alta del techo, donde las llamas de gas formaban manchones de humo.

Rufus pasó junto a ella, acariciando entre sus dedos crispados el instrumental quirúrgico. Miró con ojos de turbia expresión la opulenta desnudez femenina en la losa de la mesa de disecciones. Se alejó luego, al sonar la puerta con un chirrido largo y agrio, y asomar una alta y fornida figura envuelta en negro macferlán empapado en agua, portando un maletín también negro en la mano enguantada.

Al quitarse el sombrero de copa alta de peluche, goteó agua de lluvia al suelo del depósito de cadáveres.

—Vamos, Rufus —ordenó abruptamente el doctor Wharton—, ¿Todo a punto?

—Todo, doctor —dijo con su voz torpe el jorobado.

—Bien. Ve a por toallas y todo lo demás. Voy a empezar la

autopsia.

Y caminó con pasos firmes y sonoros, que retumbaron huecamente en el tétrico recinto, en dirección al cadáver que esperaba sobre el mármol.

* * *

El repentino trueno hizo temblar las vidrieras de la Morgue.

El doctor Wharton elevó sus ojos hacia la claraboya situada encima de su cabeza, a través de la cual se filtró el resplandor lívido del relámpago, mientras caía incesante la lluvia, sonando sordamente en la cristalera. Aquella luz dio al cadáver de Daisy una tonalidad azulada. Escalpelo y bisturí habían abierto el cuerpo en los puntos precisos para la autopsia, y eran visibles sus tejidos, sus sanguinolentas vísceras, su descarnado cráneo y las profundas incisiones sobre el estómago y los intestinos, de los que se elevaba ya un fuerte hedor a carne descompuesta.

El cirujano, imperturbable, seguía en su tarea, enjugándose de vez en cuando el sudor que perlaba su frente. A sus espaldas, se oía el deambular fantasmal del deforme Rufus, moviéndose entre las demás mesas de mármol de la Morgue, yendo y viniendo para prestar su ayuda habitual al encargado de realizar la autopsia.

El doctor Wharton, en determinado momento, lanzó una imprecación. Examinó las vísceras de la que fuera atractiva y opulenta Daisy, y luego hizo unas rápidas anotaciones en un papel, con sus dedos, enguantados en goma cubierta de sangre. Miró ante sí, al reloj de bolsillo que pendía de su cadena, colgado de un perchero, para indicarle el tiempo transcurrido en su fúnebre tarea.

—No entiendo… —jadeó en un momento dado—. Esto debió ser lo que encontró Dogherty… Pero es demasiado horrible para… para revelarlo aquí, en Ipswich… Por eso… por eso debió ir a Londres… Pero entonces… entonces quién la mató… lo hizo… por… por *esto*. Dios, ¿qué está ocurriendo aquí?

Rápido, meditó, con sus sanguinolentos dedos en alto, dejó el escalpelo con que había seccionado el cuero cabelludo y la frente de Daisy, y de nuevo el lápiz le sirvió para una breve anotación en el mismo papel. Vaciló, sin saber qué hacer con él. Finalmente, clavó sus ojos en el reloj de bolsillo. Fue hacia él. Desprendió la tapa por atrás, presionándola. Dobló el papel y lo introdujo dentro del reloj. Luego, volvió a cerrar su tapa posterior, y lo dejó donde estaba antes.

Justo en este momento, oyó ruido en el exterior, en la amplia sala sombría destinada a depositar los cuerpos de los difuntos de la ciudad. Irritado, conminó en voz alta:

—¡Rufus! ¿Qué mil diablos haces ahí? Ven y ayúdame. Deja de ir de un lado para otro como un fantoche. ¡Rufus! ¿Es que no me has oído?

En la vidriera de la puerta de entrada a la cámara de autopsias, se dibujó la contrahecha sombra de Rufus. Luego, la puerta se abrió, mientras el doctor Wharton se inclinaba de nuevo sobre el cadáver.

—Rufus, vas a hacerme un favor —murmuró el médico, mientras examinaba de nuevo los tejidos de la difunta—. Quiero que vayas al cuartelillo y avises a ese policía que ha venido de Londres… Dile que le espero aquí, que venga enseguida, ¿entendido?

A su espalda, la sombra se irguió, proyectándose ominosa en el muro, como la de un feo y extraño monstruo. En su mano, fue visible el perfil de un largo, agudo cuchillo…

Antes de que el doctor Wharton pudiera evitarlo, el arma cayó sobre él con violencia, estando de espaldas a la sombra gibosa de Rufus Kilby. Un alarido de supremo dolor y angustia brotó de labios del médico, que se revolvió, convulso, con ojos desorbitados, mirando horrorizado a su agresor. De su nuca, escapaba un raudal de sangre que corría en reguero escarlata por la espalda.

De nuevo el triangular acero punzante cayó sobre él, ahora en su pecho, repetidas veces, mientras el médico intentaba protegerse, cubrirse inútilmente con sus manos y brazos, que recibían puñalada tras puñalada, convertidos en una criba sangrienta. Tambaleante, con el corazón hendido por una cuchillada, con los pulmones destrozados a tajos, vomitando sangre y espuma por su boca, bañado en sangre todo su cuerpo, trastabillando, alargó una mano casi cortada en dos por el filo del arma asesina, aferró su reloj con dedos trémulos, y lo arrancó del colgador al caer, rompiendo la cadena de plata.

Cayó de bruces, hecho un pelele sanguinolento, a pies de su asesino, el feo y horrible ser de capa negra que se inclinaba ante él, emitiendo una sorda risa que, sin embargo, no movía lo más mínimo su horrenda faz de gárgola viviente.

Por si podía quedar algo de vida en aquel cuerpo masacrado, cosa harto improbable, asestó todavía una cuchillada bestial más a su espalda, justo sobre el corazón, dejando allí clavado hasta el mango su mortífero cuchillo.

Después, contempló el cuerpo de la mujer tendida en la mesa de mármol, medio abierta en canal, con su calavera casi al desnudo bajo la piel levantada por el escalpelo, y se irguió, dirigiéndose a un estante donde había sábanas y mantas apiladas. Tomó una de estas últimas y la tendió eh el suelo, depositando en ella, con sorprendente fuerza, dado el peso de la que fuese exuberante moza, el cadáver de Daisy Turner. Luego envolvió el cuerpo en la manta, y lo cargó sobre su espalda, saliendo de la amplia cámara destinada a depósito general de

cadáveres.

Cruzó con rápido paso aquella vasta sala, mientras sus pasos resonaban huecamente, unidos al fragor de la torrencial lluvia y al bramido intermitente de los truenos.

Cuando llegaba ante la puerta de salida, ésta se abrió inesperadamente. Y Verity Harrod apareció en ella.

Capítulo X

Durante unos segundos, las figuras parecieron petrificarse en la lúgubre sala de la Morgue.

El asesino jorobado y repulsivo miraba con estupor helado a la recién llegada. Verity, por su parte, contemplaba con horror aquella figura monstruosa, cuyas manos, bañadas en sangre, lo mismo que la negra capa, sujetaban sobre su hombro la forma macabra de un cuerpo humano envuelto en una manta.

Luego, los ojos de Verity fueron hasta la puerta abierta de la sala de autopsias, allá al fondo, donde los relámpagos, cada vez más continuados, revelaron la presencia de un cuerpo ensangrentado, con un mango de cuchillo emergiendo de su espalda.

Un grito de horror profundo brotó de labios de la joven periodista disfrazada de predicadora de una nueva fe. Miró con pavor infinito a la figura ominosa del asesino.

—¡Dios mío! —jadeó—. ¡Ha matado al doctor…! ¡Se lleva el cadáver de la mujer asesinada! ¡Es usted, Rufus, quien mató a todas ellas…!

Un gruñido sordo, inarticulado, brotó de aquellos labios que no se movían, en la fea y deforme faz del jorobado. Dejó caer el cadáver de Daisy, que rebotó sordamente en las desnudas losas del depósito. Su mano de ensangrentado guante rebuscó en el interior de los pliegues de su amplia capa negra.

Cuando emergió de nuevo, esgrimía otro cuchillo, de menores dimensiones que el que acabó con la vida del doctor Wharton, pero no menos mortífero para Verity. Dio dos pasos hacia ella, con un rugido ronco de rabia y de exasperación por verse descubierto.

Verity saltó atrás, corriendo entre las mesas de mármol, cuando el salto del asesino situó a éste ante la puerta, cerrándole la salida. Comenzó una persecución de pesadilla, en el recinto destinado a los muertos.

Verity corría a la desesperada, agazapándose entre las sombras, eludiendo las zonas de claridad, buscando desorientar entre tanta mesa marmórea a su siniestro perseguidor, cuya figura contrahecha se recortaba, monstruosamente fea y maligna, en los muros húmedos del recinto, a veces agrandada por el fulgor de los relámpagos. La tormenta hada temblar los cimientos del viejo edificio. Y el asesino iba acorralando implacablemente a Verity contra el fondo, impidiéndole tener una vía de huida…

La joven, en su loca carrera, pasó junto a la única mesa de la Morgue donde había un bulto cubierto con una sábana. Se enganchó ésta en sus ropas, y salió despedida, deslizándose al suelo. Ante los horrorizados ojos de Verity, el cadáver allí depositado, fue visible para ella.

¡Con una cuchillada que casi separaba su cabeza del tronco, yacía un jorobado, de feo rostro semejante al de su perseguidor, bañado en sangre sobre el mármol, todavía caliente!

Verity comprendió que no estaba ante Rufus, el mozo de la Morgue, sino ante alguien que fingía ser él, y que previamente había asesinado también al deforme ser. Eso, en vez de tranquilizarla, aumentó más si cabe su terror, preguntándose desesperada, mientras la amenazadora sombra la acosaba, quién podía ocultarse tras aquella máscara y aquella falsa joroba…

Era tal su pánico en estos momentos, que tropezó con una losa desajustada del suelo y se fue dando traspiés contra una de las mesas de mármol. Eso la hizo perder un tiempo precioso. Y, cuando quiso darse cuenta, el asesino estaba ante ella, dispuesto a hundir su cuchillo en el cuello de la muchacha…

Nuevamente chilló Verity, en el paroxismo de su terror, mientras el acero brillaba siniestramente al resplandor cárdeno de otro relámpago. En aquellos ojos, centelleantes tras la máscara que representaba el rostro de Rufus, captó un destello de crueldad infinita…

Una potente detonación de arma de fuego rompió la tensión alucinante del momento que separaba a Verity de su final. Gritó roncamente, con rabia, el asesino, cuando una bala de revólver arrancó de sus dedos el arma homicida. Verity miró esperanzada hacia la puerta de la Morgue, mientras de su cabeza se desprendía su peluca, y también el criminal dirigió una mirada hacia allí.

El agente Peter Rhodes, de Scotland Yard, aparecía en el umbral, empuñando un revólver humeante.

—¡Quieto! —ordenó con rudeza—. ¡No intente nada o tiraré a matar! ¡Alto en nombre de la Ley!

El asesino no le obedeció. Por el contrario, dio media vuelta, con insospechada rapidez, y corrió, flotante su negra capa en torno a su huidiza figura, que ya no fingía joroba alguna, mientras Rhodes disparaba de nuevo.

La bala zumbó junto a la cabeza del fugitivo, pero no le alcanzó. Este se perdió en el fondo, por una puertecilla que no era fácilmente visible a primera vista.

—¡Maldito, se escapa! —rugió Rhodes, precipitándose tras el fugitivo con rapidez. Al pasar junto a Verity le aconsejó, dirigiéndole

una mirada de soslayo—. Usted no se mueva de aquí. Voy tras él…

También Rhodes desapareció por aquella puertecilla. Verity, aún paralizada por el terror vivido, respiró hondo, sin atreverse a moverse de allí. Oyó disparos en la calle, mezclándose con los truenos y la lluvia. Evidentemente, aquélla era una salida trasera, que el criminal conocía bien.

Peter Rhodes regresó poco después, empapado de agua y con gesto de profunda decepción. Miró a Verity, bajando el arma con lentitud.

—Lo perdí —dijo malhumorado—. Pudo meterse en cualquier sitio. El conoce esta zona mejor que yo… ¿Se encuentra usted bien, señorita Harrod?

—Sí… creo que sí… —balbuceó ella con voz rota—. Me salvó la vida…

—Tuvo mucha suerte, eso es todo. ¿Qué hace metida en esto? La aconsejé algo, ¿recuerda? Esta aventura pudo costarle la vida, por culpa de sus caprichos…

—¡No es un capricho! —se irritó Verity—. Soy periodista. Quería un buen reportaje.

—Pues ya lo tiene —suspiró Rhodes—. Pero pudo costarle muy caro si no es porque se me ocurre venir a ver al doctor Wharton mientras realizaba la autopsia de Daisy Turner.

—Me temo que llegó tarde para eso —jadeó Verity, señalando con mano temblorosa la sala de autopsias—. El doctor está muerto. También el auténtico Rufus… Supongo que lo que el asesino quería llevarse en esa manta, es el cuerpo de Daisy Turner…

—Está usted muy bien enterada de todo —manifestó irónicamente Peter, con el ceño fruncido, recogiendo su peluca, que miró con una sonrisa, antes de ponerla en manos de su dueña—. Vamos, salgamos de aquí. Avisaré al constable, para ver si es posible rodear esta zona y dar caza al asesino, pero mucho me temo que no sea nada fácil…

Salieron a la calle. Los disparos y el ruido de la persecución habían atraído ya a mucha gente. Verity reconoció entre los curiosos que acudían a la Morgue bajo el aguacero, a la señora Wharton y a la enfermera Hartfield. Peter las saludó cortés, rogando a la señora Wharton que no entrase aún en la Morgue.

—Veo que conoce a más gente que yo en esta ciudad — suspiró, irónico—. Sería mejor que regresara usted al hotel, señorita Harrod. Me sentiré más seguro así. Más tarde iré a verla para charlar sobre todo esto.

—Creo que el señor Rhodes tiene razón, querida —sonrió Abigail Hartfield rodeando los hombros de Verity con un brazo—. Yo la acompañaré.

La muchacha aceptó de buen grado la sugerencia y ambas mujeres

se encaminaron hacia el hotel, mientras la señora Wharton lanzaba su primer sollozo, al ser informada de lo sucedido.

—¿Qué es lo que sucedió ahí dentro? —se interesó la enfermera, preocupada.

Verity se lo refirió por el camino brevemente. Abigail Hartfield asintió, con gesto pensativo.

—Ha sido una horrible experiencia, querida musitó—. Será mejor que antes de seguir al hotel entremos en la consulta del doctor Wharton, que poco me ha durado por cierto mi nuevo trabajo. Debe de ser mi sino… Le daré un calmante y la llevaré al hotel, amiga mía.

Asintió Verity y ambas mujeres entraron en la nueva consulta donde trabajaba su amiga Abigail Hartfield. La enfermera, con eficiencia profesional, atendió a la periodista, sirviéndole una infusión y un par de tabletas.

—Esto la serenará mucho, amiga mía —observó la peluca que llevaba en su mano y sonrió—. Me temo que se burló un poco de mí, ¿no es cierto?

—No, por favor. Perdone mis mentiras. Abby. Soy periodista y buscaba un buen reportaje. No me porté honestamente, lo sé, pero…

—No tiene que disculparse, querida —la interrumpió Abigail dulcemente—. Lo que importa es que saliera con vida de ese peligroso trance, y que escriba un buen artículo. No olvide mencionarme a mí. Eso satisfaría mi ego.

—Por supuesto que la mencionaré, si eso no le disgusta, Abby. Ha sido mi mejor amiga en esta ciudad. Y mi principal colaboradora…

—Sí, supongo que el conocer todos los chismes de Ipswich me hizo ideal para su truco —rió la enfermera de buen humor. La miró con fijeza—. ¿Tiene sueño acaso?

—Un poco —admitió Verity, parpadeando—. Me ha entrado una somnolencia repentina…

—Será el relajamiento tras el peligro vivido. Y el sedante, claro. Ahora la llevaré al hotel. Puede descansar un rato ahí, si gusta. El sofá es cómodo, y nadie va a molestarnos de momento, sobre todo estando el centro de la atención ciudadana en la Morgue… Vamos, échese ahí, querida, y relájese totalmente. Es lo mejor en estos casos.

—Creo que es una buena idea —bostezó Verity cada vez más somnolienta, más vencida por aquel dulce sopor que invadía toda su persona. Se tendió en el sofá, lentamente, estirando su cuerpo—. Me siento mejor así… Gracias, amiga mía. Gracias por todo…

—No tiene que agradecerme nada —susurró Abigail Hartfield, con un repentino brillo de codicia en sus ojos cuando recorría el cuerpo de la joven periodista—. Después de todo, cuando esté profundamente dormida, no podrá impedir que la posea…

—¿Qué… *qué*? —gimió Verity, repentinamente horrorizada, tratando de incorporarse, de luchar contra aquella posesiva y creciente somnolencia que invadía su cuerpo, su mente, su persona toda.

—Es fácil —Abigail lanzó una seca carcajada, comenzando a desabrochar su uniforme sobre los potentes senos—. Soy lesbiana, querida amiga… y deseo que seas mía. Como lo fueron todas ellas… Molly Scott… Priscilla Blake… Shirley Parsons… y Daisy Turner…

—No… no… —el horror era incluso superior al sueño, pero nada podía hacer para vencer el agarrotamiento de sus músculos, su torpeza cerebral—. Usted…

—Yo era su secreto amante —rió la enfermera—. *Y yo las maté a todas*… como maté hoy al doctor Wharton y a Rufus, como maté en el tren aquel día al doctor Dogherty, ¿recuerda, querida? ¿Cree que habla podido olvidar su bonito rostro? Desde un principio supe quién era y la seguí el juego. Quería ser su amiga, usted me atraía físicamente… y podía llegar a ser mía. Luego comprendí que no le iban esos juegos, pero ahora nada podrá hacer, puesto que carece de voluntad para resistirse a mi… Eres *mía*, Verity. Totalmente mía… aunque luego tenga que matarte como hice con las demás…

Estaba ya semidesnuda, liberada de ropa su torso. Se movió hacia Verity, vibrando sus recias carnes, temblorosas de deseos inconfesables. Verity, con horror, se encogió, mirándola torpemente, con ojos alucinados.

—No, Dios mío… —sollozó—. ¿Por qué… por qué?

—El doctor Dogherty lo supo… como lo supo hoy sin duda el doctor Wharton antes de morir… Ellos tenían la respuesta a la pregunta… y se la llevaron a la tumba, como te llevarás tú mi secreto…

—Donovan tenía razón… —gimió Verity—, Eran lesbianas… y usted fue su amante y su asesino…

—Así es, querida. Si pudieras entenderlo te contaría mis motivos —estaba ya ante ella, se inclinaba para acariciarla, para besarla—. Pero el sueño de ese narcótico te domina demasiado. No entenderías nada posiblemente. No vale la pena que te cuente cómo maté a esas mujeres y a los demás… ni el porqué tampoco…

A sus espaldas una fría voz la interrumpió:

—¿Por qué no me lo cuenta a mí, enfermera Hartfield?

La mujer lanzó un alarido ronco, de profunda rabia, y se revolvió, semidesnuda como estaba, hacia el hombre erguido en la entrada, frío y solemne. Este arrojó a pies de la enfermera una capa negra, unos guantes manchados de sangre y una máscara de cera, con el rostro de Rufus Kilby.

—Rhodes… Rhodes… Dios le bendiga… —sollozó Verity.

—¡Usted otra vez, Rhodes! —aulló la Hartfield, frenética, lívida de ira. Miró a los objetos caídos a sus pies—. ¿Dónde dio con todo esto, maldito sea?

—Donde imaginé que estaban: en esta consulta, en el armario de ahí fuera… Usted no pudo ir muy lejos para despojarse de su disfraz y volver a la Morgue como la inocente enfermera Hartfield, era obvio. Tuvo que cambiarse muy cerca: en la consulta del doctor Wharton, tan próxima a la Morgue…

—¿Cómo supo… que era yo? —silabeó la enfermera, mirando con odio profundo al joven policía, cuyo revólver la encañonaba sin vacilaciones desde la mano diestra de Peter.

—No lo supe. El doctor Wharton me lo dijo.

—¡El doctor Wharton está muerto! —rugió ella.

—A veces, los muertos hablan —sonrió duramente Rhodes—. Ese fue el caso del doctor. Dejó escrito el resultado de la autopsia, y sus propias sospechas, pero guardó su informe provisional, apenas un borrador, en un sitio que usted jamás sospechó. Es evidente que el doctor se daba cuenta del significado de su hallazgo, y adoptó medidas por si seguía la suerte de su colega, como así ocurrió, antes de poder hablar.

—¡No había ningún informe escrito allí! —protestó la enfermera—. ¡Está mintiendo!

—No miento. Si hubiera mirado el reloj de bolsillo que el doctor aferró al morir, hubiese hallado tras su tapa posterior ese informe… —dijo tristemente Rhodes, estudiando con una mezcla de desprecio y de horror a la enfermera.

Abigail Hartfield, lívida, bajó la cabeza. Temblaba de pies a cabeza, sin preocuparse siquiera de cubrir su seno a la vista del policía. Era obvio que la presencia de un hombre le tenía sin cuidado por completo.

—Supongo que el final será la horca… —musitó.

—No soy juez ni jurado —suspiró Rhodes—, Sólo policía. Pero dudo que haya clemencia para una mujer que mató a siete personas como mínimo… y sólo para ocultar esa enfermedad incurable que usted adquirió en las Colonias, y que sólo se transmite por contacto sexual, para no sanar nunca más. Una enfermedad que se caracteriza por frecuentes jaquecas, espasmos, fiebre y dolores agudos en estómago e intestinos, así como manchas rosadas en la piel…

Señaló el abdomen y los senos de la enfermera, donde esas manchas eran visibles nítidamente. Ella se cubrió esta vez, como ocultando una vergüenza dolorosa.

—No sabe lo que es esto… —jadeó roncamente ella, con gesto convulso—. Durante algunos años es sólo eso que usted ha

mencionado. Lo que Dogherty y Wharton descubrieron en los cadáveres, lo que estaban tratando, sin saber lo que era, en algunas mujeres de esta ciudad… yo incluida. Por eso el doctor Dogherty supo enseguida de quién podía provenir el contagio. Sospechaba que yo era lesbiana. El resto era sencillo. E imaginó que yo mataba a esas mujeres para ocultar mi enfermedad… Si, la adquirí en las Colonias, ¿y sabe de quién? ¡De un hombre, maldito sea! El único en mi vida. Por eso les odio tanto… Por eso deseaba el amor de las mujeres nada más…

—Pero usted ignoraba que el contacto con otra persona del mismo sexo, también producía el contagio inevitable…

—Rhodes meneó la cabeza patéticamente—. ¿Por qué no afrontó la verdad desde un principio, sin pretender ocultarla?

—Porque usted ignora cuál es el final de esta dolencia, como yo la presencié en las Colonias, polizonte… Porque usted no sabe que el mal empieza así, dura unos años agudizándose lentamente… para luego convertirse en una especie de lepra.

—¿Lepra?

—Algo peor aún: se descompone la piel y también la carne. Se deterioran los tejidos y vísceras… La muerte llega pero tarda mucho, años acaso, mientras uno se consume en un lecho, con un hedor de putrefacción, consciente pero deshaciéndose a pedazos, despidiendo un hedor fétido e insoportable… ¡no quería, no quería que nadie supiera eso, que me aislasen como a una rata rabiosa, en un lazareto, para morir lentamente de ese modo, Rhodes! Seguro que la horca… será mucho más piadosa conmigo. No me arrepiento de nada. De nada…

Tras de Rhodes aparecieron en ese momento el constable Jackson y el agente Daniels, también armados de revólver. Ella les miró, con desafiante sonrisa. Se cubrió con su uniforme y alargó las manos fríamente. Daniels la esposó en silencio.

Verity, desde el sofá, despierta aún, luchando contra aquel sopor, había oído, llena de horror, la trágica historia de Abigail Hartfield y su extraño mal. Rhodes se aproximó a ella mientras los otros se llevaban detenida a la enfermera.

—Otra vez… me salvó… de esa… horrible… mujer… —gimió Verity.

—Hice algo más que eso —suspiró el joven policía, estremeciéndose—, La salvé de la más horrible y lenta forma de muerte imaginable, algo que tal vez nunca se pueda curar… y que condujo a esa mujer a una locura homicida sin freno. Señorita Harrod, tiene usted una rara capacidad para meterse en líos. Si no se me ocurre preguntar a la gente si la habían visto con la enfermera, y un testigo, por fortuna, aseguró verlas entrar aquí, hubiese llegado tarde

para salvarla de tan atroz destino… Ahora sea buena chica y quédese dormida. Yo no abusaré de usted, palabra.

Se echó a reír, mientras ella abría sus bonitos ojos cuanto le permitía su ya irresistible sopor, y añadió jovialmente, sentándose junto a ella:

—La llevaré al hotel en cuanto se duerma, con mis propios brazos. Espero que hagamos juntos el viaje de regreso a Londres. Podremos charlar ampliamente de este caso, de su profesión, de la mía… Para dos jóvenes solteros, resultará un viaje agradable. Sobre todo para mí. ¿No le ha dicho nadie que además de obstinada y temeraria, es usted muy bonita, Verity?

Ella no le respondió. Estaba dormida. Profundamente dormida ya.

Rhodes sonrió. Se inclinó sobre ella y besó dulcemente sus labios carnosos.

—Sé que es abusar un poco —murmuró, acariciando sus dorados cabellos con suave mano—, Pero espero poder hacer esto algún día estando tú despierta, Verity… Naturalmente, Verity Harrod seguía durmiendo.

F I N



COLECCION

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Nunca sentirá tan real, tan viva y palpitante la sensación de una auténtica aventura espacial, como leyendo cada semana un título seleccionado para esta colección

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

NOTAS

[1] El personaje se refiere, obviamente, al antes mencionado *Yellow Weekly News* (Semanario Amarillo de Noticias), en traducción literal). El «amarillo» ha sido aplicado siempre a las publicaciones sensacionalistas y de sucesos. Entonces, en Inglaterra, eran varías las de ese tipo que se editaban, aunque la aquí citada sea imaginaria. (N del A.)

[2] Scotland Yard significa, traducido literalmente. *Patio Escocés*. Un patio, por cierto, dio su origen al primitivo cuartel general de la policía londinense, hoy en día trasladada a modernos edificios aunque en la misma zona de la ciudad. (N del A.)